

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, pasage Saulnier, número 4, en Paris.

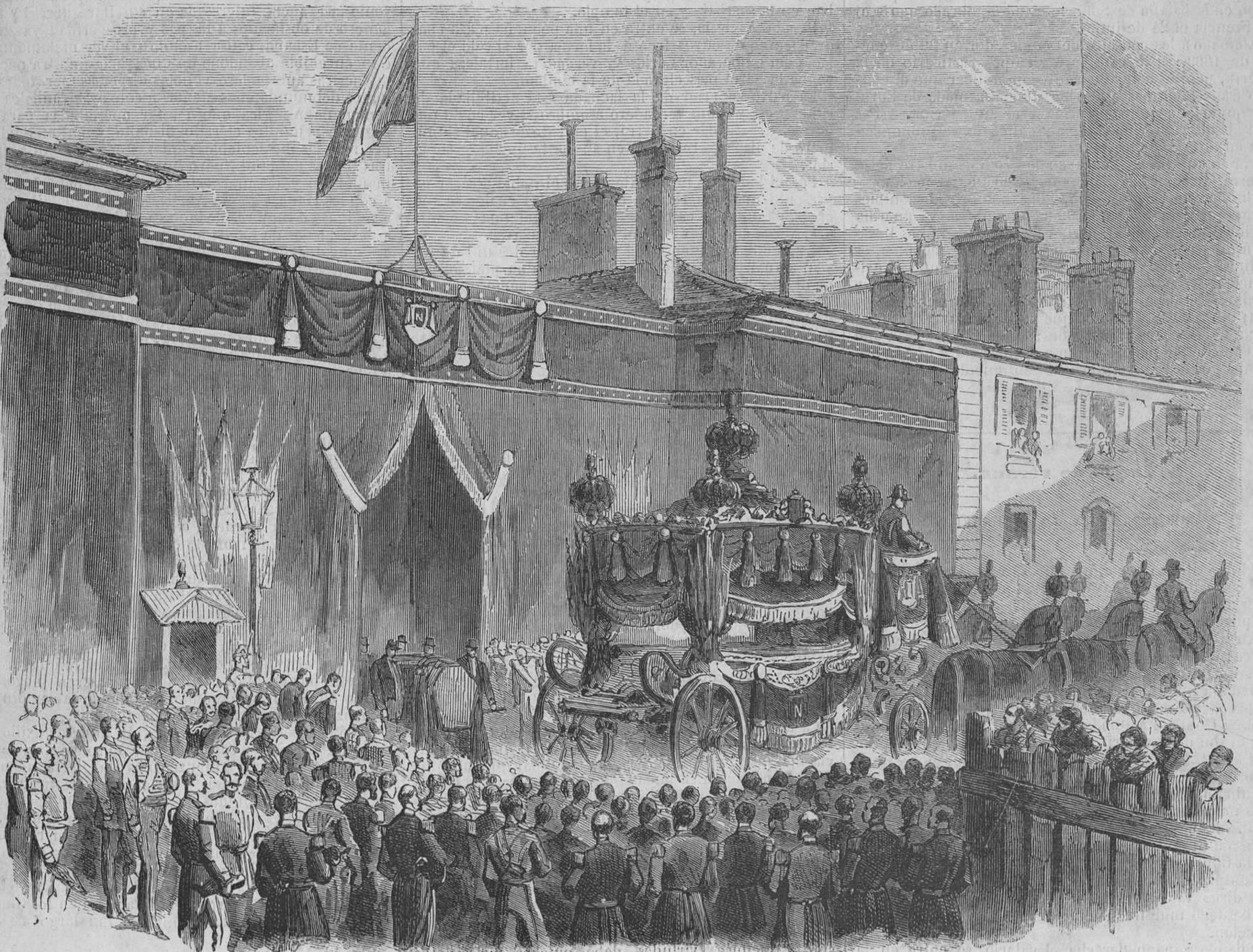
AÑO 28. — N° 870.

SUMARIO.

El mariscal Niel; grabados. — Viajes de verano: Fuenterrabía la Guerrerá. — Poesías: La Novicia. — El Calvario.

Sucesos de España; grabado. — Revista de Paris. — Curiosidades parisienses: Los Mercados. — Inauguración de la estatua de Massena en Niza; grabado. — El campamento de Farcent; grabados. — Curiosidad literaria. — El istmo de

Suez; grabados. — El del capuz colorado. — El bello ideal del matrimonio. — Cercanías de Paris: La Grenouillière en Bougival; grabado.



Funerales del mariscal Niel. — Salida del ministerio de la Guerra.

El mariscal Niel.

NOTAS BIOGRÁFICAS. — SUS FUNERALES.

El mariscal Niel ha fallecido en la noche del 13 de agosto y sus funerales se celebraron á costa del Estado el martes 17, en la iglesia del cuartel imperial de los Inválidos. Dos escenas damos en este número acerca de la ceremonia fúnebre, de que hablamos detenidamente en el anterior (véase la *Revista de París*); y al mismo tiempo recordaremos que el retrato del finado se encuentra en el número 343 de nuestra colección.

Adolfo Niel nació en Muret el 4 de octubre de 1802, y por consiguiente tenía ahora sesenta y siete años no cumplidos. Entró en 1821 en la escuela politécnica, y pasó en 1823 á la de aplicación de Metz. Cuatro años después, en 1827, recibió el grado de teniente de ingenieros. En 1835 fué ascendido á capitán, y al año siguiente pasó con este grado á la Argelia; en aquella guerra, y especialmente en la toma de Constantina se distinguió tanto, que el ministro de la Guerra le dió las gracias por su excelente comportamiento.

En 1837 era comandante, y desde aquella época se le consideró como uno de los oficiales de mas mérito de su arma. Coronel en 1849, fué á la expedición de Roma en calidad de jefe de estado mayor, y prestó tan importantes servicios que se le nombró general de brigada y se le fió una misión honrosísima cerca del Santo Padre.

A su vuelta á Francia se le encomendó la dirección de ingenieros en el departamento de la guerra y se le dieron otros cargos importantes, entre ellos el de consejero de Estado supernumerario.

Cuando la guerra de Rusia, M. Niel formó parte de la expedición del Báltico y dirigió las obras en el sitio de Bomarsund. La toma de esta fortaleza le valió el título de ayudante del emperador.

En enero de 1855 volvió á Crimea con la misión de informar definitivamente sobre el estado general de las cosas y dar su opinión sobre el ataque y toma de Malakoff.

Su plan fué aprobado, y así es que tres meses después se le encomendó la dirección de las obras del sitio que dieron tan excelentes resultados; pocos días después del último asalto, recibió las insignias de la gran cruz de la Legión de Honor (1855).

En el propio año se le nombró senador.

En 1859 mandó en la campaña de Italia el cuarto cuerpo de ejército de los Alpes, y por la gloria que le cupo en la batalla de Solferino, fué nombrado mariscal de Francia el 24 de junio.

Llamado á los consejos del emperador en 20 de enero de 1869, se le consideró siempre partidario de la guerra, porque había llegado á comprender que el ejército francés, el mas aguerrido y mejor armado de Europa, no podía avenirse á permanecer en inacción. Así es que al solo rumor de que había fallecido, se pronunciaron en alza los valores en la Bolsa.

Por lo que hace á su capacidad como ministro de la Guerra, diremos lisa y llanamente lo que ha hecho.

Un ejército de línea de 750,000 hombres disponibles para la guerra, cerca de 600,000 hombres de guardia nacional móvil, la instrucción de todos los ramos llevada á un grado desconocido hasta hoy; los reglamentos militares modificados en relacion con las nuevas exigencias: 1.200,000 fusiles fabricados en menos de año y medio; las plazas fuertes arregladas, los arsenales llenos; un material inmenso que puede bastar para atender á todas las eventualidades: tal es la obra á la que ha contribuido poderosamente el mariscal y que le inspiraba por la Francia un justo sentimiento de orgullo.

P. P.

Viajes de verano.

FUENTERRABÍA LA GUERRERA.

Al describir el panorama que se presenta al espectador colocado en Hendaya, dijimos que á un lado se descubría frente á la aldea, la antigua y nobilísima ciudad guipuzcoana, Fuenterrabía.

Atravesemos el lago por su parte mas angosta en una barca; tomemos tierra española en la punta donde asienta sus cimientos una caseta que sirve de cuerpo de guardia á nuestros carabineros, y siguiendo un sendero practicado entre lozanos maizales, nos encontraremos en una frondosa alameda, en la cual bailan los domingos al son del tamboril y de una charanga, que alterna con aquel, las lindas jóvenes y los gallardos mozos de la vetusta ciudad.

Saliendo de este paseo, al subir á la ciudad, encontramos un palacio que está construyendo mi amigo de la infancia Miguel Artazcos, gobernador que ha sido dos veces de Guipúzcoa y empleado que fué en el ministerio de la Gobernación.

Con perdón sea dicho de mi amigo y del arquitecto que dirige la construcción del edificio, me parece que no ha dado muestras del mejor gusto en la citada construcción.

Dejando á mano derecha el palacio, se entra en la ciudad por un arco perteneciente á la antigua muralla

y en cuyos dos lados se ven clavados los ganchos sólidos en que encajaban los robustos goznes de la puerta con que se cerraba la entrada.

Una calle muy pendiente, perfectamente empedrada y con aceras algo mejor entretenidas que las de las calles de Madrid, conduce á la plaza.

Las casas que forman la calle son de una antigüedad respetable.

Los aleros de los tejados, sostenidos con vigas talladas, casi forman un toldo en la calle.

Casas de piedra sillería, verdaderos palacios, sobre cuyas puertas campean grandes y nobilísimos escudos de armas, ocupan la parte alta de la calle.

En sus fachadas elegantes se ven las profundas huellas de las balas francesas en el combate singular que sostuvo Fuenterrabía contra Hendaya, y del que dejamos hecho mérito en un artículo anterior.

Causa profunda pena ver aquellos suntuosos edificios abandonados, algunos sin maderas en puertas y ventanas, despojados de la tablazon del pavimento, verdaderos cadáveres, imagen exacta de la nada de las humanas grandezas.

En aquellas ennegrecidas y cicatrizadas paredes se adivina yo no sé qué de triste y sombrío: diríase que lanzan una mirada de severo reproche á cuantos pasan por la calle, reconviniendo con ceño airado el abandono en que se dejan aquellos restos de antiguas é inmarcesibles glorias.

Da fin y remate á la calle por el lado derecho, la iglesia parroquial del pueblo.

El frontis del templo es un abigarrado conjunto de todos los géneros arquitectónicos conocidos.

Las dos esbeltas columnas corintias, colocadas á ambos lados de la puerta principal, parecen atónitas de verse sosteniendo un arco de arquitectura ogival, pesada y amazotada.

Aquí se ven frisos góticos, continuación de otros, que casi pueden confundirse con adornos semi-salvajes de arquitectura normanda.

Deplorable confusión que demuestra la antigüedad del templo y las infinitas variaciones y reedificaciones que á largos trechos ha sufrido.

El templo, por dentro, es espacioso y muy alumbrado por la luz que penetra por anchas y numerosas ventanas hábilmente practicadas.

La anchurosa sacristía, donde hay almacenados algunos bajo-relieves de madera de bastante mérito y de gran antigüedad, restos venerables de los retablos del templo, recibe la luz por un balcón en cuya balaustrada de hierro, que da frente á Hendaya, se ven las terribles señales de los proyectiles franceses, que penetraban en la sacristía y en el templo.

Pasada la iglesia, se entra en una pequeña plaza cuadrada, uno de cuyos frentes la forma por sí solo el palacio del emperador Carlos V, verdadera fortaleza que ocupa la parte mas elevada de la ciudad.

La parte superior de la fachada está acribillada de cañonazos, y causa verdadero asombro el ver cómo pudo resistir, sin dar en tierra, el embate de aquel sinnúmero de disparos recibidos en su parte media y superior.

Por el lado que mira á Hendaya, el noble alcázar no presenta mas que ruinas, por entre las cuales se ven arcos, pasadizos y escaleras, cubiertas algunas de hiedra, verde sudario de aquel disforme cadáver.

Este edificio inmenso fué vendido por dos mil duros, y su actual propietario ha construido una plataforma, desde la cual se descubre un grandioso panorama.

Por un real se permite la entrada, y puede gozarse de un magnífico espectáculo, digno émulo del que hemos descrito al ocuparnos de Hendaya.

Los muros, que aun no há mucho tiempo rodeaban la antigua ciudad, cayeron en espantosa ruina al concluirse la guerra civil de los siete años, merced á las minas con las que se logró volarlos.

Por entre estas ruinas se ha construido un muy cómodo camino que conduce al nuevo barrio llamado de *la Marina*, alegre y simétrico conjunto de casas de construcción moderna interpoladas con fábricas de salazon.

La población tiende á extenderse por aquel lado, donde se ven ya trazadas algunas calles.

En esta parte de la ciudad es donde se alojan las familias forasteras que vienen á veranear á Fuenterrabía.

El trato que reciben es muy regular, y los precios de alojamientos y manutención bastante arreglados.

Un sinnúmero de lanchas surten diariamente de sabroso pescado á la población, y la pureza del aire del mar, lo sano de los alimentos, la agradable temperatura que se disfruta y la proximidad de la playa, sin rival para bañarse, de Ondarraizu, hacen de Fuenterrabía uno de los puntos que deben preferirse para veranear.

En uno de los pliegues del Jaizquível, que se extiende á la espalda de la ciudad, álzase una muy gallarda torre de construcción moderna, que con una constancia ejemplar, y sin que haya costado mas que una insignificante suma recaudada con mucho celo y hábilmente empleada, ha logrado construir el actual vicario de Fuenterrabía don José Joaquín Ollo, dando de este modo coronamiento al digno templo de Nuestra Señora de Guadalupe, que carecía de torre.

Los habitantes de la ciudad tributan un cariñoso respeto á su párroco, que ha conseguido restaurar el templo, donde se venera la santa patrona de Fuenterrabía.

A la amabilidad y cortesanía de este digno sacerdote, á quien aun no conozco mas que por la justa fama de su ilustración y virtudes, debo muchos curiosísimos detalles de la historia de la ciudad ilustre de que me

ocupo, detalles que no pueden tener cabida en los estrechos límites de este artículo.

El párroco respetable de quien me ocupo, vió perecer á su padre, pescador de oficio, en una de las tempestades tan comunes en estos mares.

Quedó, pues, huérfano y sin amparo al salir de la niñez.

El obispo de Pamplona, que por entonces giraba una visita por esta comarca, hubo de reparar en el adolescente, y enterado de su triste orfandad, le agregó á su servicio, le dió carrera, y hoy ocupa el puesto que nunca hubiera soñado ocupar.

Una inmensa desgracia fué el origen de su ventajosa posición actual.

Dios veló por el niño huérfano y abandonado: aquel niño hecho hombre, tributa diariamente á Dios testimonios de amor y reconocimiento; guía á su grey por el buen camino de las virtudes cristianas, y verdadero sacerdote católico, predica la paz y la concordia entre todos sus feligreses.

Fuenterrabía, como plaza fuerte fronteriza de un reino poderoso como la Francia, tiene su historia escrita en las ruinas de sus palacios, de sus murallas y fortalezas.

Es una terrible historia de sitios que se suceden unos á otros; de brechas abiertas á cañonazos; de asaltos repetidos; de voladuras de minas; de incendios y desastres, triste acompañamiento de ese horrible azote de la humanidad que se llama la guerra.

Entre todos los acontecimientos guerreros de que ha sido teatro Fuenterrabía, descuella radiante de inmarcesible gloria el sitio famoso puesto por el príncipe de Condé á la indomable ciudad.

A la vista tengo la verídica historia de aquel sitio memorable, *sucedido en 1638, escrito en tres libros en 1654, y traducido del latin al castellano en 1763*, segun se lee en el libro en que se relata la historia del cerco.

La historia es la del padre jesuita Moret.

En ella se ve que desde tiempos antiguos los gobiernos de España nunca han estado á la altura del país que gobiernan.

Guiaba á la sazón los destinos de la Francia el famoso cardenal Richelieu, émulo de Cisneros.

El brazo de hierro del cardenal francés y su poderoso genio, habían sujetado el carácter levantisco de la nobleza francesa, centralizando en manos del monarca todo el poder del reino, y doblegado á su voluntad soberana la orgullosa independencia de los señores que aun conservaban restos de su poderío feudal.

Con un hombre de aquellas condiciones colocado á la cabeza de una nación tan guerrera y tan poderosa como la Francia, interesada en suscitar guerras y todo género de obstáculos á la paz y prosperidad ya decadente de España, causa asombro el ver el lamentable é inconcebible abandono en que yacía nuestra nación.

Nuestras aun poderosas flotas dispersas por todos los mares del mundo, mas atentas á convoyar caudales que venían de América que á estar apercebidas para los combates: nuestro ejército disuelto y mal atendido, á pesar de las incalculables riquezas que acudían á nuestras tierras desde el Nuevo Mundo: nuestras plazas desmanteladas y desguarnecidas: « el pueblo afeminado » con las riquezas de la América, por los deleites y pe- » reginas costumbres de tantas provincias: las ciudades » despobladas de habitantes por extraerse cada año su- » plementos para las provincias de Flandes, para la » Italia, y tantas colonias para la América y Africa: que » muchas tierras por falta de cultivo iban trocándose en » bosques; que las murallas se iban cayendo de vejez; » á quienes una paz dilatada las maltrata con mas hos- » tilidad que la misma guerra: que toda España estaba » desprevénida para una guerra por el ningun manejo » de armas dentro de ella: que España estaba como un » caos confuso de gente, sin cosa con cosa..., etc. »

Todo lo que va con comillas al margen se lo comunicaban á Richelieu los agentes secretos que sostenía en nuestro país, excitándole á invadirlo.

Mientras aquel sagaz ministro, instruido en cuanto pasaba aquende el Pirineo, allegaba recursos, equipaba naves, reunía tropas y daba mandos con amplias facultades al príncipe de Condé para las de tierra, que las concentraba en Burdeos, y al arzobispo de la misma ciudad para las de mar; la corte de España pasaba su tiempo en fiestas y saraos, sin que el favorito ministro de la corte, don Gaspar Guzman, sospechara siquiera la tempestad que se aproximaba á las fronteras del reino.

Muchos fueron los avisos que recibió del marqués de Velez y de don Martín de Redin, que gobernaban el antiguo reino de Navarra; pero Guzman no los creía.

Por fin, el 1º de julio de 1638 aparecieron las tropas francesas por los altos de Hendaya; pasaron luego por Irun y Oyarzun, apoderándose y talando la campiña, y comenzó el famoso cerco de Fuenterrabía.

Duró este sesenta y nueve días, sin ningun auxilio por parte de España, y sostenido por el solo valor de sus habitantes, algunos guipuzcoanos de tierra adentro, unos cuantos baztanenses y varios soldados irlandeses, todos los cuales reunidos no sumaban 1,500 hombres.

Componiase el ejército sitiador de 30,000 infantes, algunos centenares de caballos, gruesa y numerosa artillería, al mando de Condé; y la marina, de 50 navios comandados por el arzobispo de Burdeos.

Este, por entonces formidable ejército, construyó trincheras, voló minas, abrió brechas anchas en los muros, y dió desesperados asaltos durante tan largo asedio: todo en vano.

Los sitiados, desoyendo las honrosas proposiciones de capitulación que muchas veces recibieron del general

enemigo, continuaron una defensa que maravillaba á sus enemigos.

Los hombres se batian en las brechas; las mujeres, armadas con picas, rechazaban á los que escalaban el muro, y hubo un momento crítico en extremo, en el cual los muchachos ponian piedras para subir sobre ellas, alcanzar el parapeto destruido de la muralla disparando arcabuces y lanzando armas arrojadas sobre los flancos de las columnas de asalto.

Dos muchachos que no pudieron haber á la mano piedras sobre las cuales subirse, arrastraron tres cadáveres, los colocaron uno sobre otro, y puestos encima, hicieron una defensa heroica en aquel punto con gran daño del enemigo.

Dueño este de una parte del interior de la plaza; destruidos todos los edificios; abiertas brechas en todo el recinto; reunido á una tercera parte el número de los defensores, negándose á capitular en esta extremidad, y defendiéndose como leones, llegó al fin el ejército auxiliar á atacar los reales enemigos, huyendo estos despavoridos á Francia, perdiendo mucha gente y todo el material de guerra.

El sitio habia durado sesenta y nueve días.

Un siglo después, reparados ya los muros de Fuenterrabía, se verificaba el largo y sangriento duelo entre la ciudad guipuzcoana y la fortaleza francesa de Hendaya, con ruina total de esta última y notable daño de la primera.

A luego de haber amanecido el día 11 de julio de 1836, descendian por las sendas del Jaizquivel y asomaban por la parte de Ganchusqueta largas filas rojas formadas por las tropas de la legion auxiliar inglesa y por algunos batallones del ejército español, que bajo el mando del general inglés Lacy Evans descendian á situar á Fuenterrabía.

Blancos y graciosos penachos de vapores se mecian sobre el Océano, saliendo á borbotones de las negras chimeneas de varios barcos de vapor ingleses que con su formidable artillería concurrían al ataque de la plaza, colocándose en la entrada de la barra, mientras las ágiles trincaduras de guerra españolas con sus velas triangulares presentadas al viento invadían la bahía, acoderándose en la orilla interior de las Dunas de Ondarraizu.

Por la parte de Francia, una multitud de gentes ocupaban todos los altos desde Hendaya hasta donde se ha construido recientemente el puente del ferro-carril que enlaza á las dos naciones.

Esta muchedumbre, sabedora del combate que iba á trabarse ante los muros de la invicta ciudad, la componian gentes de Bayona, San Juan de Luz y demás poblaciones inmediatas que, sentadas ó en pié como la concurrencia que asiste á nuestras corridas de toros, se preparaban á presenciar cómodamente y sin ningun peligro la batalla que se iba á librar entre las huestes carlistas y las tropas liberales y sus auxiliares los ingleses.

Numerosos destacamentos de soldados del ejército francés estaban colocados por todo lo largo de la orilla francesa, y el general Harispe, que mandaba en Bayona, con todo su estado mayor, ocupaba uno de los puntos escogidos para abarcar en su conjunto y detalles aquella función de guerra.

Un sol espléndido bañaba los montes vecinos, y sus vívidos rayos rielaban sobre la superficie del lago formado por la pleamar entre Francia y España.

Algunos cañonazos disparados por los vapores ingleses contra la plaza, dieron principio á la batalla.

Fuenterrabía estaba guarnecida por un batallón guipuzcoano compuesto de gente bisona.

Intimidada la rendición á luego de comenzado el ataque, y circunvalada la plaza por las fuerzas de tierra, el comandante de la fortaleza, llamado Otamendi, si no estamos equivocados, dió al parlamentario esta notable respuesta: «Decid á vuestro general, que los ingleses me atacan, que los franceses me miran, y que yo soy español.»

Trabóse entonces la batalla entre los ingleses y algunos batallones guipuzcoanos que desde las líneas de San Sebastian acudieron en socorro de la plaza, concluyendo al anoche con la retirada de las tropas aliadas, que bastante mal paradas tuvieron que abandonar la empresa, refugiándose en Pasajes y San Sebastian con los vapores y trincaduras.

Un hecho característico debo consignar.

Cuando los soldados guipuzcoanos pusieron en derrota á la legion inglesa, un viva inmenso resonó en tierra de Francia, agitándose sombrillas y pañuelos en señal de alegría por la victoria conseguida contra los hijos de la soberbia Albion.

Los franceses se asociaban á aquella victoria.

Esta es á grandes rasgos la historia de Fuenterrabía la Guerrera, que conserva aun las honrosas y gloriosas cicatrices ganadas en nobles y heroicos combates.

Dios quiera que no vuelvan á reproducirse de nuevo, y que surja de sus ruinas un pueblo alegre y pintoresco como su antiguo rival que cae enfrente.

Hace cosa de quince días fui de paseo á la ciudad, llamando desde luego mi atencion un espectáculo original si los hay.

La banda de música venia tocando delante de una jóven de rostro tostado por el sol y por el aire del mar: vestía el mejor traje de su guarda-ropa, cubriendo sus hombros un magnífico pañuelo ó manto de Manila.

Sobre su cabeza llevaba un arca de encina ó roble, de respetable ancianidad.

Seguian á la jóven varios hombres con sendas capas negras, pertenecientes todos al gremio de marineros.

La comitiva entró en la casa de Ayuntamiento, edificio muy notable, como todos los de su clase en este país clásico de la libertad bien entendida; en donde los dos edificios mas notables de toda poblacion son, la iglesia, la casa de Dios, y la del Ayuntamiento, la casa del pueblo.

La municipalidad, que estaba asomada al gran balcon que corre todo lo ancho de la fachada, se metió dentro apenas la jóven y su comitiva pisaron los umbrales de la casa municipal.

Un cuarto de hora despues se asomó de nuevo el Ayuntamiento al balcon, colocando en el centro á la jóven, y en otros puestos á los hombres de las capas que la acompañaban: los músicos de la banda tambien se colocaron en el balcon tocando alegres aires vascongados.

El tamboril silbó jovialmente bajo los arcos de la Casa Consistorial; empezaron á correr saltarines, muchachos y ágiles mancebos por la calle, y á poco salió un buey que, tirando de luenga sogá, dió á correr calle arriba y calle abajo, con gran contentamiento y algazara de peñones y mancebos.

El pobre animal, modelo de mansedumbre, no se daba la cuenta de aquella algazara, y abria sus ojos redondos cuan grandes eran, admirado del efecto que producía su presencia en la calle.

Ni la ruidosa ovacion que le hacia la música y el tamboril le ensoberbeció lo mas mínimo; ni la turba de mozos y muchachos que saltaban, corrian, silbaban y le azuzaban, consiguieron sacarle de sus casillas, volviendo al poco tiempo al corral, mas manso y humilde si cabe, que cuando le sacaron á pavonearse á la calle.

Concluida esta corrida en la que ningun torero corre riesgo de morir, salió de nuevo la jóven con el mismo ceremonial con que entró en las Casas Capitulares, llevando en la cabeza el arca ó cofre, precedida de la banda de música y seguida por los hombres de las capas negras.

Preguntando, por acaso, á un marinero la significacion de aquella ceremonia, me dió noticias no muy exactas: ahora puedo darlas oficiales, gracias á la amabilidad del señor vicario de Fuenterrabía, á quien he tenido ocasion de citar en esta carta.

Allá, en el año 1500, se fundó una hermandad de mareantes de Fuenterrabía, bajo la advocacion de San Pedro.

Hoy cuenta es su seno 380 marineros pescadores, distribuidos en 60 lanchas de pesca en la estacion de verano, y en 18, las mayores, en la del invierno.

Las ordenanzas de esta hermandad, modificadas en algunos de sus artículos en el año de 1700, previenen que cada año se nombre entre los individuos de su seno un abad mayor, que ha de ser precisamente patron de lancha: nómbrense además dos abades menores y tres alcaldes de mar, que pueden serlo simples pescadores.

El día señalado para estos nombramientos es el primer domingo despues del día de san Pedro, en cuyo día, despues de misa mayor, se reúnen todos los hermanos en la casa de Ayuntamiento, procediéndose con la mayor solemnidad á la eleccion, bajo la presidencia del alcalde del pueblo, levantándose acta del nombramiento, firmada por el alcalde y el secretario del Ayuntamiento.

Es obligacion del abad mayor, de los abades menores y de los alcaldes del mar, hacer observar lo dispuesto en las ordenanzas, respecto al modo de pescar y demás usos y costumbres establecidas de tiempo inmemorial.

El día señalado para la toma de posesion de aquellos cargos es el domingo inmediato al día de santa Magdalena y hora de las tres de la tarde, en cuyo acto el abad mayor saliente rinde cuentas al entrante, á presencia del alcalde del pueblo y secretarios, y cuantos hermanos de la hermandad quieran acudir.

Los caudales y los comprobantes de las cuentas, colocados en el arca tradicional, son conducidos por una jóven á quien acompañan los mareantes que gusten, y precede la banda de música.

Contado el dinero existente en el arca, y examinados los documentos que prueban la inversion de lo gastado, se cierra el arca y con el mismo ceremonial la conduce la jóven al domicilio del abad mayor entrante.

Estos fondos se recaudan de la manera siguiente: todas las embarcaciones que se dedican á la pesca, tienen obligacion de pagar una parte mínima de la ganancia que corresponde á cada marinero que las tripule.

Esta suma se entrega al abad mayor, que la deposita en el arca.

Estos fondos están destinados á pagar la funcion de iglesia que hay costumbre de celebrar; á distribuir á veinte reales á cada marinero cuando la escasez de la pesca, ó la imposibilidad de salir al mar por efecto de los temporales, los reduzca á no poder atender á las necesidades de su familia; á socorrer viudas é hijos de marineros impedidos ó muertos.

Estas distribuciones las hace el abad mayor con asistencia de los abades menores y alcaldes de mar, conviniendo todos en la suma que se ha de distribuir con arreglo á los fondos existentes.

El abad mayor recibe por su cargo una gratificacion de 240 rs. al año, y los abades menores y alcaldes de mar, 20 rs.

La jóven que conduce el arca recibe asimismo una gratificacion de 20 rs.

Por lo que antecede, se comprende que la citada hermandad de mareantes es una sociedad de socorros mútuos fundada nada menos que hace 369 años, y que la manera como está constituida, y como se administran los fondos y se intervienen las operaciones es mas sen-

cilla y mas eficaz que la de las sociedades modernas.

No hay ejemplo de desfalcos y otros escandalosos abusos de confianza, ó robos tan comunes de las sociedades del día, en la Hermandad de mareantes de que nos ocupamos.

Las consideraciones que se desprenden de estos hechos, no son para expuestas en este artículo á que doy fin y remate.

José M. DE GOIZUETA.

Poesías.

LA NOVICIA.

Murió para el mundo: deja
Su vana pompa, y se aleja
De su halago seductor.
Ave humilde, busca un nido
Solitario y escondido
Para elevar en cancion.

Halló muy pobres las flores
Y muy falsos los favores
Que el mundo á los suyos da:
Y le es mas dulce y tranquilo
El melancólico asilo
De una celda y un altar.

Hoy goza ese dulce encanto
Por el cual suspiró tanto
Su corazon virginal:
Y cubre su casta frente
Religiosa y penitente
Con la toca y el sayal.

Mas le place la plegaria
Que alza el alma solitaria
Cuando el día va á morir,
Que el himno audaz de la fiesta
Que al rumor de libre orquesta
Alza el mundo en el festin.

La muralla del convento
Pone dique al mar violento
De la pasion mundanal:
Y ella, de la amarga vida
En el mar, naufraga herida,
A sus puertas va á llamar.

Allí en fan santo retiro
Del cielo es cada suspiro,
Cada mirada es de Dios;
La lágrima derramada
Es una perla arrancada
Del fondo del corazon.

En su delicado abrigo,
La tristeza halla un amigo,
Hallar un consuelo el dolor;
Y la virtud peregrina
Luz mas pura y mas divina
Para florecer mejor.

¡ Bien haya el alma inocente
Que á su sombra dulcemente,
Que á su sombra duerme en paz!
¡ Oh! ¡ Bien haya la creencia
Que á la púdica inocencia
Da una celda y un altar.

EL CALVARIO.

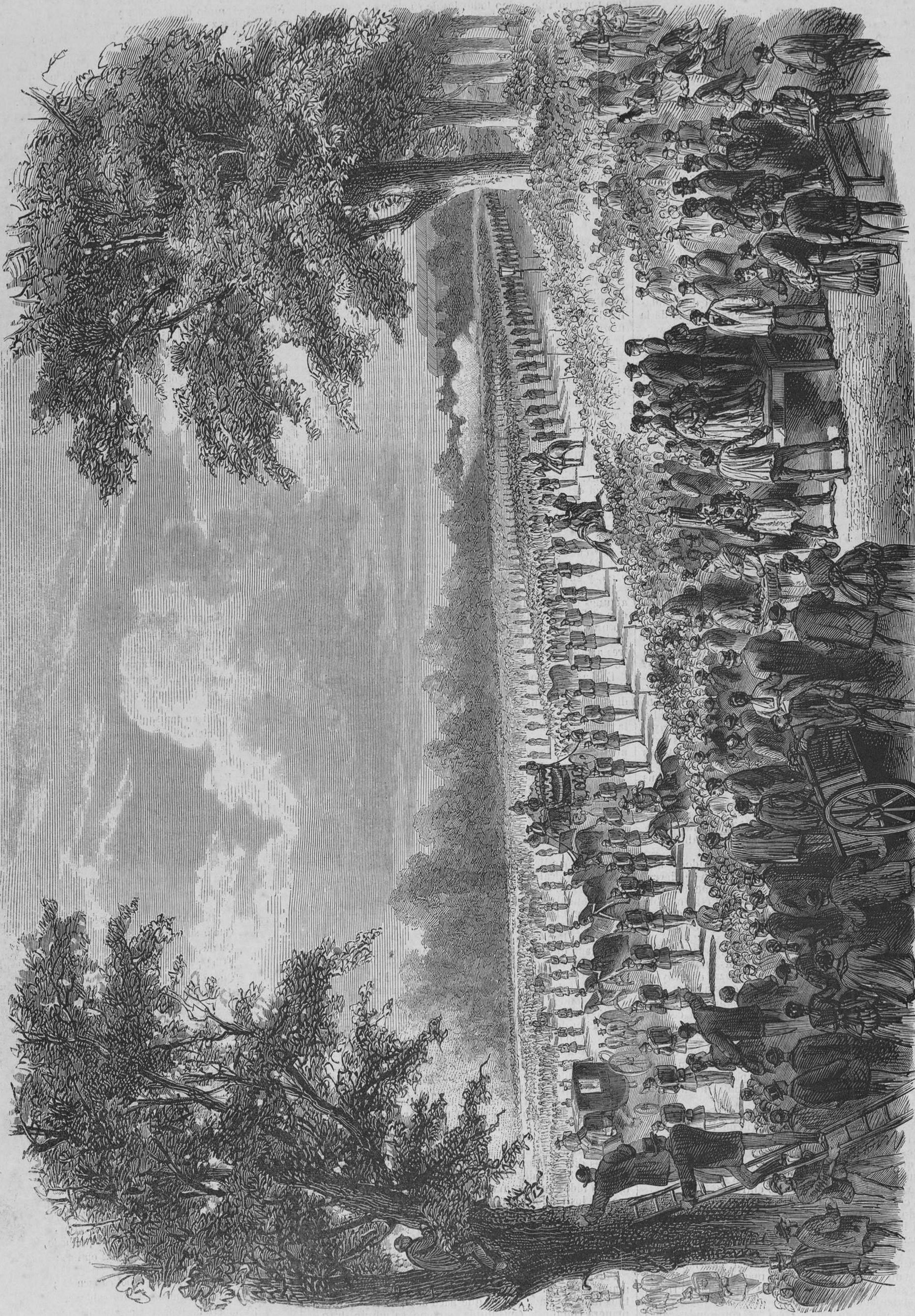
Al Cristo de Israel la turba airada
Con fuerte insulto de la cruz suspende;
Acero indigno su costado ofende,
Y el pueblo befa su postrer mirada.

Sobre el madero, la guadaña alzada,
El genio de la muerte su ala extiende;
La luna opaca su fanal suspende,
Oculta el sol su faz ensangrentada.

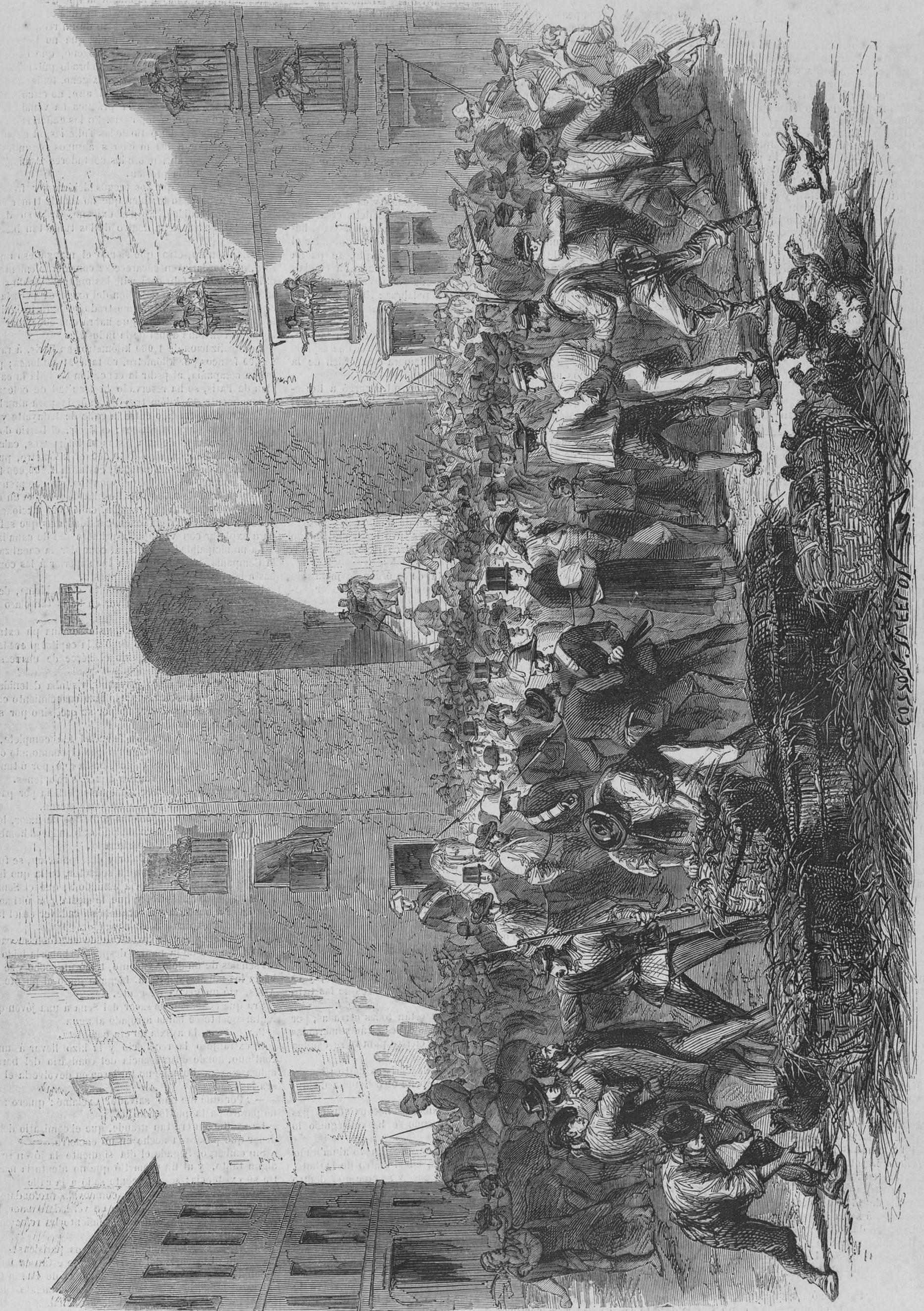
Se rasga el velo santo, la mar gime,
Tiembla la tierra en su eje mas profundo,
Y el cielo al peso del dolor se oprime;

Corre la sangce, el árbol es fecundo;
Se consuma el misterio mas sublime,
¡ Y muere un Dios por la salud del mundo!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.



Funerales del mariscal Niel. — La comitiva fúnebre pasando por la Explanada de los Inválidos.



GOSWAM-JACOBSON

Sucesos de España. — El pueblo amotinado á la entrada en Madrid de los prisioneros carlistas.

Sucesos de España.

Madrid 12 de agosto de 1869.

El 8 del corriente ha pasado en Madrid un episodio que merece señalarse. A eso de las doce del día llegaron de Sigüenza diez y seis prisioneros carlistas, entre los cuales se contaban el canónigo don Pedro Andrés de la Peña, y los curas don Joaquín García, don Félix Gimenez, don Pedro Herranz, y don Pedro Pascual Peña.

Desde su llegada á la estación, fueron objeto de la curiosidad pública, y muy luego de los insultos de una parte de la población. En la plaza de San Miguel, cerca del Gobierno civil, allí donde está el mercado de los pollos, los vendedores tomaron una actitud hostil con los prisioneros carlistas, y principalmente con los curas, de los cuales dos fueron heridos, y de cierta gravedad el que trató de escaparse por la calle de Luzón. A favor del tumulto algunos presos por delitos ordinarios rompieron la cuerda y tomaron la fuga: la escolta, compuesta de guardias civiles y guardias nacionales, no tenía bastante fuerza para contener el desorden.

Pero en esto llegó el gobernador al teatro de los sucesos, y habiendo gritado á la multitud que persiguiera á los fugitivos, pocos instantes después el pueblo se había apoderado de todos ellos.

Nuestro dibujo representa con toda fidelidad esta escena característica.

V. U.

Revista de París.

Los bolsistas de París han asustado á la Europa el viernes de la última semana. Hace algun tiempo habian emprendido una campaña para hacer subir los valores con tan gran éxito, que la renta francesa habia alcanzado un precio inusitado. Todo marchaba á pedir de boca: los rumores de guerra habian desaparecido, el dinero improductivo en las cajas del Banco crecía mas y mas cada semana, las sociedades de crédito preparaban anuncios de empréstitos que no podían menos de ser recibidos con favor por esos millones desocupados de todo empleo; en suma, los jugadores á la alza se restregaban las manos de gozo viendo los resultados de su campaña, convertida ya en victoria, cuando hé aquí que de repente el edificio levantado á costa de tantos esfuerzos tiembla sobre su base. Una baja inaudita hace perder en unas horas todo el terreno ganado en tantos y tan numerosos combates.

¿Qué noticia pues, produjo el pánico?

Grave habria sido en verdad, caso de resultar cierta: se dijo que la indisposicion del emperador habia tomado de repente un carácter alarmante.

En vano el comisario de la Bolsa, de parte del prefecto de policía y del ministro del Interior, se apresuró á desmentir tales rumores; los campeones de la alza, tan orgullosos veinte y cuatro horas antes, habian perdido toda su firmeza, y el miedo cerbal que cerraba sus oídos les aconsejaba que arrojasen sus beneficios á la calle.

Y así lo hacían con una animacion y una unanimidad dignas de mejor causa.

París se asustó con esta turbacion de la Bolsa, y el telégrafo, que llevó á todas partes la cotizacion de los valores, introdujo tambien la voz de alarma. En Alemania principalmente se conmovieron los mercados, y en todas partes se quiso averiguar la parte de verdad que podia haber en la noticia que así habia conmovido al mundo bursátil.

Afortunadamente, desde el siguiente día las notas oficiales rectificaron; la inquietud se calmó, y hoy han vuelto á entrar las cosas en su cauce.

Sin embargo, esto no se quedará así: se buscará á los propagadores de semejantes alarmas para imponerles el castigo que se merecen.

Los diarios de estos últimos días se han entretenido en hacer un cálculo curioso.

Sabido es que todos los años con motivo de la fiesta del 15 de agosto, se reparten cruces de la Legion de Honor que alcanzan á todas las clases, hombres de Estado, militares, hombres de ciencia, eclesiásticos, literatos, artistas, etc. ¿Cuántos hombres felices en esta fiesta!

Ahora bien, como la crónica todo lo aprovecha, se ha calculado cuántos metros de cinta encarnada, cuántas cruces sencillas y cuántas placas se han vendido en las tiendas del Palacio Real para esos afortunados mortales.

Pero aun hay mas: M. D. Lacroix ha publicado en el *Moniteur* la interesante historia de esta orden, donde hallamos las curiosas noticias que vamos á extractar brevemente.

Antes de 1789 se contaban en Francia cinco órdenes ecuestres, á saber:

La orden de San Miguel, la del Santo Espíritu, la orden real y militar de San Luis, las órdenes reales, militares y hospitalarias de San Lázaro de Jerusalem y de Nuestra Señora del Monte Carmelo, y finalmente la orden del Mérito militar.

La revolucion abolió estas órdenes, y los servicios públicos se pagaron en aquel período con un simple decreto declarando beneméritos de la patria á los soldados ó los ciu-

dados que se consideraban acreedores á tal distincion.

El general Bonaparte quiso hacer algo mas, y después de sus victorias en Italia, declaró que se concederian recompensas nacionales á los guerreros que hubiesen hecho servicios brillantes combatiendo por la república; y entonces se fundó la institucion de las armas de honor.

Pero á decir verdad, estas armas que se entregaban á guisa de recompensa no podían satisfacer mas que á los militares. ¿Cómo se pagaban los servicios civiles?

Comprendiendo la injusticia de esta exclusion, en cuanto Bonaparte llegó á ser cónsul, pensó ya el plan de una institucion que debia premiar todos los méritos y servicios de cualquier clase que fueran.

Un día pues, á fines de abril de 1802, estando Bonaparte con su hermano Luciano, con Cambaceres, Lebrun Røederer y algunos de sus consejeros íntimos, se habló de las recompensas nacionales: la Constitucion de 91, dijo Bonaparte, ha prometido recompensas nacionales y es preciso que se cumpla la promesa; pero para esto se debe crear una orden que sea una señal de la virtud, del honor y del heroísmo, una distincion que sirva á la vez para premiar el valor militar y el mérito civil... Por ejemplo, se podría adoptar una marca distintiva que se llevaria en el ojal, como una estrella colgada de una cinta y que mostrase la figura de un águila con estas palabras: HONOR Y PATRIA. Esto llamaría la atencion sobre el condecorado, y to dos los hombres arderían en deseos de merecerla.

Todos los amigos del primer cónsul aplaudieron la idea, y uno de ellos, Røederer, como si obedeciera á una especie de inspiracion, propuso que se llamara esta orden de la LEGION DE HONOR.

Poco tiempo después el primer cónsul encargó á Røederer que leyese en el Consejo de Estado (4 de mayo de 1802) el proyecto de creacion de la Legion de Honor, y él mismo le apoyó con sus razones.

No obstante la oposicion que encontró el plan en el Consejo de Estado, fué sometido al Cuerpo legislativo el 15 de mayo de 1802, donde se discutió largamente, pues la opinion republicana le era contraria, aunque por fin se adoptó por 56 votos contra 36.

El 2 de julio de 1802 se publicaba el decreto consular en cuya virtud se creaba la Legion de Honor.

La primera distribucion de cruces tuvo lugar el domingo 15 de julio de 1804 en la iglesia del cuartel de los Inválidos.

Napoleon I recibió la insignia de la orden de manos de su hermano, gran condestable, padre del emperador Napoleon III.

El autor del artículo de donde tomamos estos datos habla de otras distribuciones de cruces muy solemnes, y entre ellas señala particularmente la que tuvo lugar en la playa de Boulogne el 16 de agosto.

Celebrábase la fiesta del emperador, y habia allí cien mil hombres sacados de las falanjes que habian combatido en las orillas del Rhin, en Italia, en las montañas de Suiza, en los arenales de Egipto y en los pantanos de Holanda.

La concurrencia de espectadores era inmensa, y el espectáculo magnífico.

La Legion de Honor ha sobrevivido á todos los cambios en la forma de gobierno que ha habido en Francia, y puede decirse que cada día tiene mas prestigio, y por consiguiente, mas solicitantes.

Concluida esta historia de una oportunidad palpitante, diremos á nuestros lectores que si los parisienses han salido de París, en cambio han llegado forasteros que pueden compararse con las famosas oleadas del verano de 1867.

Las grandes y notables obras que se han hecho en París estos últimos años, atraen particularmente la atencion de los visitantes. ¿Qué de bulevares, y plazas y edificios magníficos! No se ve todo en un día por mucho que se ande, ni aun en coche; pero regularmente el observador que quiere hacerse cargo de las cosas, rara vez apela á los carruajes. Con el plano en la mano, se traza sus divisiones, y cada día recorre una de ellas, único modo de darse cuenta de todos los pormenores.

Una reflexion hacen generalmente los extranjeros, y es que París, si no tuviera por la noche las luces de las tiendas, parecería mal alumbrado.

Con efecto, los domingos que están todas cerradas, por poco que la noche sea oscura, las calles están sumergidas en una media oscuridad que en ciertos puntos se cambia en tinieblas.

Y sin embargo, el alumbrado de París es costosísimo, y así es que se ha buscado con empeño otro sistema de iluminacion mas poderoso y mas barato.

Ahora bien, segun los experimentos hechos con el gas oxígeno é hidrógeno, parece ser que se ha conseguido lo que se deseaba.

El éxito ha sido sorprendente, y ya el nuevo alumbrado funciona en el patio de Tullerías, en el teatro de la Gaité, en el Alcázar de los Campos Elíseos, y se cree que dentro de pocos años será el único en todo París.

Lo cierto es que se ha formado una compañía para la explotacion del invento, para el cual se ha sacado privilegio en Francia y en las primeras naciones de Europa.

Daremos á conocer á nuestros lectores las ventajas del nuevo alumbrado por medio del gas oxígeno acompañado del hidrógeno.

De los experimentos hechos resulta que un mechero de gas hidrógeno, si gasta por ejemplo 200 litros de gas por hora, á 30 céntimos el metro cúbico, puede ser reemplazado por un mechero de gas oxídrico que consuma 60 li-

s de hidrógeno y 60 de oxígeno, costando el mismo precio, pero dando una luz dos veces y media mas intensa. A esta gran ventaja hay que añadir la que dicho gas no ennegrece los dorados y no calienta ni vicia el aire de las habitaciones, pues se obtiene dentro de un recipiente de cristal cerrado por completo; es decir, que no tiene ninguno de los inconvenientes del gas hidrógeno, que es el que se emplea en la actualidad en el alumbrado público.

Pretendian algunos que el gas oxígeno, teniendo en cuenta su densidad, mayor que la del aire, no circularia fácilmente por los tubos; pero la práctica ha venido á probar la inexactitud de esta hipótesis. En las cañerías colocadas para el alumbrado del patio de las Tullerías, el gas oxígeno llegaba siempre á los mecheros algunos segundos antes que el hidrógeno, abriéndose los contadores al mismo tiempo y siendo igual la presion.

Objetaban otros que los fuegos debían ser frecuentes; pero se ha probado tambien que no son de temer con tubos bien contruidos. El gas oxígeno, dada su densidad (1.105,63), se contiene dentro de los tubos tan bien como el agua.

Decían, en fin, otros que siendo el manganeso un metal raro, no tardaría en encarecerse considerablemente si se utilizaba para la fabricacion de los manganatos de sosa que se emplean para la produccion del oxígeno; pero la experiencia y la práctica han demostrado que será insignificante la cantidad de manganeso que habrá que consumir en relacion al consumo anual de la industria.

La canalizacion de 1,060 kilómetros en París, á razon de 20,000 francos por kilómetro, costará 21 millones; pero la nueva compañía, al pedir la concesion de toda la canalizacion de París, se ha reservado la facultad de colocar provisionalmente 32 kilómetros de cañería para alumbrar el perímetro comprendido entre la calle de Lafayette y el Sena hasta los Campos Elíseos; es decir, el barrio donde es mayor el consumo de gas. Estos 32 kilómetros, calculados no á 20,000 francos, sino á 40,000 el kilómetro, pues los tubos serán de primera calidad, costarán 1.200,006 francos próximamente. El total de los gastos, sin comprender los generales, será de 3.700,000. Resulta de esto que un desembolso de 125 francos por accion, en 48,000 acciones, produce un capital de 6 millones, cantidad mas que suficiente para explotar con ventaja la primera red de canalizacion.

La municipalidad de París, al conceder la canalizacion á la Compañía, proporciona una luz superior á las conocidas hasta hoy, sin gravar el presupuesto.

Parece pues que se ha resuelto el problema, de cuyo modo los extranjeros podrán ver en París tan claro de día como de noche.

A propósito de extranjeros, esta semana un extranjero que no hace mucho tiempo llegó á la capital procedente de los países orientales, ha sido el héroe de un suceso trágico.

Rico y en la flor de la juventud, visitaba detenidamente esta Babilonia moderna, cuando hizo conocimiento con una jóven que se dejó seducir, no por su oro, sino por su distincion y su belleza.

Durante algun tiempo su felicidad fué completa, nada vino á turbarla, cuando hé aquí que el enamorado oriental comenzó á escasear sus visitas, hasta que por último, manifestó la intencion de romper aquellas relaciones.

La jóven no pudo creer semejante perfidia por parte del hombre que la habia jurado un amor eterno.

Alternativamente empleó las protestas de amor, los ruegos y las lágrimas; pero nada pudo ablandar al hombre que estaba bien decidido á abandonarla.

Entonces ella, loca de dolor y desesperacion, se fué á su casa y escribió una carta á su seductor, en la que le decía que iba á morir, y que moría amándole; que el Sena recibiría su postrer suspiro, y que le pedía por último favor que fuese á buscarla y á reclamar su cadáver en el fúnebre lugar donde exponen á los ahogados.

El jóven recibió esta carta cuando entró en su casa por la noche á eso de la una, y después de haberla leído dando las señales de un dolor violento, tomó un coche y se dirigió hácia los muelles del Sena. Llegado junto al puente de las Artes, vió un grupo de gente.

Era que acababan de sacar del Sena á una jóven que voluntariamente se habia arrojado al agua.

Por fortuna, la asfixia no era completa.

El extranjero la reconoció y la hizo llevar á un hotel contiguo, donde en presencia del comisario del barrio, la aplicaron remedios que no tardaron en devolverla el uso de sus facultades.

— ¿Por qué me han salvado? exclamó: quiero morir y no pararé hasta que lo consiga.

La exaltacion era tan grande, que el comisario debió ordenar que pasara la noche en un encierro.

Sin embargo, llegado el día siguiente la jóven se calmó algun tanto, y al fin prometió que no atentaria mas contra su existencia; seguidamente salió á la calle.

Ahora bien, el extranjero, conmovido profundamente y persuadido de que ha inspirado un verdadero amor, parece dispuesto á legitimar con un casamiento las relaciones que habia tenido con la jóven.

Ninguna señal de vida en los teatros parisienses. Ahora las grandes funciones del París elegante están en Baden.

Sabido es que las carreras de caballos de Baden figuran entre las primeras, y su importancia se aumenta cada año por el número y la celebridad de los caballos que en ellas figuran y por la autoridad de los sportmen que allí se reúnen.

Segun escriben de Baden la primera de estas famosas carreras que tuvo lugar el 31 de agosto, ha sido brillantísima y la pradera de Iffezheim presentaba un golpe de vista que podia rivalizar con los espectáculos de Chantilly y de Epsom.

Las tribunas estaban atestadas de beldades procedentes de Paris, de Londres y de las principales ciudades de Alemania que ostentaban allí las últimas modas y todo el lujo que se ve en el hipódromo del bosque de Boulogne el día de las grandes solemnidades. A eso se llama salir de la ciudad para respirar el aire libre. Seguramente que en Baden se respiran mas los productos de Guerlain que los perfumes campestres.

Sea como quiera, lo cierto es que aquella gran reunion cosmopolita se distinguía por su riqueza y su elegancia.

Luego se habla mucho tambien de las funciones nocturnas; *Fausto*, con la Nilsson y Faure, mientras se da la *Sonámbula* con la Patti. Está visto que el mes de setiembre es la flor de la temporada de Baden.

A propósito de la Patti, la *Gaceta Musical* de Paris dice que ha hecho un contrato asombroso con M. Mauricio Strakosch.

Desde 1º de setiembre de 1871, época en la cual quedará libre aquella cantante de todos sus compromisos en Europa, se obliga á dar en los Estados Unidos de América y en el Canadá, en el espacio de ocho meses, cien representaciones de óperas, oratorios ó conciertos, bajo la direccion de M. Strakosch ó de sus mandatarios. Por cada una de esas funciones se le abonarán 10,000 francos en oro.

Además, todos los gastos de viaje para ella, su marido y cuatro personas mas, serán de cuenta de M. Strakosch, quien como garantía de la ejecucion por su parte del contrato, deposita 500,000 francos en casa de Rothschild en Paris.

Desde los tiempos de Jenny Lind no se habrá visto en Norte-América nada semejante.

MARIANO URRABIETA.

Curiosidades parisienses.

LOS MERCADOS.

Desde que Paris ha llegado á ser, por la supresion de las antiguas barreras, una de las mas grandes capitales del mundo, teniendo por límites sus ruinosas é inútiles fortificaciones, el abastecer de víveres á su poblacion se ha hecho una cuestion de primer orden. Es indispensable que por la mañana encuentre aquella una masa enorme de artículos para su alimentacion; es indispensable que lleguen con regularidad á una hora fija, y en cantidad suficiente, poniéndolos sin tardanza al alcance de los innumerables consumidores que pueblan la capital.

Poco antes de amanecer entran en ella y convergen hácia el mismo punto los pescaderos y los labradores de la comarca. Pesados y ruidosos camiones conducen al propio tiempo á aquel centro comun los géneros que las provincias y el extranjero expiden cada dia por medio de los ferro-carriles.

Llábase ese sitio el Mercado central, y está situado enfrente de la bella iglesia de San Eustaquio, en el punto en que desembocan la calle de Montmartre y otras menos principales. Los doce pabellones del inmenso y elegante edificio, construido solamente con hierro y ladrillo, sirven para la venta de cuantos alimentos necesitan los habitantes de Paris: carne, pescado, caza, aves domésticas, manteca, queso, frutas, legumbres, etc. Cada pabellon tiene su destino especial: en uno se vende la carne, en otro el pescado, en otro los huevos, y así sucesivamente.

Un gran número de pequeños mercados establecidos en diferentes zonas, permiten á los consumidores hallar á mano cuanto les haga falta; pero la mayor parte de aquellas sucursales se surten del Mercado central.

El consumo ánuo de Paris dará una idea de la importancia de las transacciones.

Sceaux, Poissy y la Chapelle Saint-Denis, pueblecitos inmediatos á la capital, son los puntos donde se verifica la venta de ganados.

En 1866 se vendieron en esos tres mercados 110,000 bueyes; 46,000 vacas; 169,000 terneras, y 840,000 carneros. Es un hecho curioso que en Paris nadie vende ni compra carne de vaca, y, sin embargo, en un año se consumen mas de 46,000. Añádanse á estas cifras 19 millones de kilogramos de carnes muertas traídas de fuera, y vendidas á la *criée* en el Mercado central, y se calculará la cantidad de carne que devora anualmente Paris.

Si tratamos de averiguar los kilogramos de manteca y de queso y las docenas de huevos que consume, hallaremos resultados no menos prodigiosos. En el mismo año de 1866 la gran ciudad consumió 3 millones de kilogramos de manteca; 2 millones de kilogramos de otra manteca mas ligera; 35,000 de manteca salada; cerca de 3 millones de la derretida; en total, sobre 10 1/2 millones de kilogramos, cuya venta consta oficialmente en los registros.

Los huevos vendidos en el Mercado central ascienden en igual período á 232 millones. Los huevos son contados y reconocidos como buenos ó malos por peritos, que trabajan en los subterráneos del edificio, y ganan un

año con otro de 3 á 4,000 francos. Se comprenderá tan inmenso consumo de huevos, cuando se sepa que hay pastelero, por ejemplo, M. Guillout, que gasta cada dia 23,000 huevos en la fabricacion de los bizcochos llamados de Reinos.

El consumo de queso no es menos importante. El año último se vendieron, siempre en el Mercado central, 440,000 quesos de Brie; 1,500,000 de Neufchatel; 81,000 de Montlhery; 500,000 de Livarot; mas de 1,000 de Mont d'Or, y 880,000 de otras diversas clases.

Pasemos á las verduras. Aquí no se cuenta ya por kilogramos, sino por carros: 45,000 de estos han conducido en 1866 al mercado 265,000 sacos de guisantes; 110,000 de judías verdes; 245,000 de alubias, etc. En el segundo semestre de 1866 llegaron al mercado 44,000 carros de frutas; 198,000 de hortalizas; cerca de 50,000 de patatas, y 25,000 de guisantes, habas y judías.

La venta de pescados no ofrece menor interés. En 1866 se recibieron 14 millones de kilogramos de pescado, que se vendieron en cerca de 13 millones de francos. La cuarta parte de este género procedía del extranjero. La Inglaterra envía salmones y langostas; la Holanda salmones, anguilas, langostines y carpas; la Suiza truchas mas ó menos legítimas del lago de Ginebra; la Prusia salmones y truchas, y el resto de la Alemania enormes cantidades de cangrejos.

Pretenden los gastrónomos que las ostras van escaseando; pero en contra de su opinion diremos que Paris consumió 260 millones de ellas en 1866. Añádanos para concluir, y como postre, que en el año que nos sirve de tipo se vendieron 12,400,633 kilogramos de uvas.

El Mercado central no está dedicado únicamente á la venta por mayor, sino que hay secciones donde se expende al menudo el pan, la carne, la fruta, los huevos, etc. Aquellos despachos están á cargo de *les dames de la halle*, tan célebres aquí por su elocuencia... tabernaria.

En un rincón del edificio, no lejos de los almacenes de queso, hay unas cuantas tiendas, visitadas de siete á doce de la mañana, por una concurrencia numerosa y variada. Pos artesanos, muchas amas de casa, cuyo traje no indica la opulencia; ancianos con levita raída, sombrero viejo, camisa sucia y botas rotas, son los que se acercan á los hermosos mostradores de mármol blanco, sobre los cuales se ven infinitos platos de manjares extraños, misteriosos, cuyo origen y nombre no es fácil descubrir á primera vista.

Allí se ven, entre otras cosas, media pierna de carnero algo averiada; un fragmento de *vol-au-vent* incrustado en una salsa helada; macarrones á la italiana de la semana anterior; un santilly ágrico sobre bizcochos deshechos; un pedazo de vaca, duro como la piedra; restos de un pato seco; media langosta de dudosa frescura, y un trozo de jamon, digno compañero de la vaca.

Durante algunas horas, la gente pobre acude á proveerse de aquellas sobras de las fondas y *restaurants* de Paris, ó de algunas casas grandes, que venden á vil precio los cocineros.

Mucho podriamos hablar todavía de *les halles centrales*; pero reclamamos nuestra atencion los otros mercados de Paris. El de la Vallée (1) está destinado exclusivamente á la venta por mayor de la caza y de las aves, como pollos, gallinas, palos, pavos, y pichones.

Expéndice allí grandes cantidades de todo esto; pero lo mas escogido no aparece nunca en semejante sitio. Los buenos *restaurants* se surten directamente de las provincias; y las casas particulares no compran sino lo que han menester para el consumo de cada dia, siéndoles inútiles los lotes de aves que se venden allí.

Los que acuden á este mercado son por lo comun los fondistas de tercera y cuarta clase; los taberneros y los revendedores, que recorren despues las calles y plazas, ofreciendo por doce lo mismo que acaban de comprar por cuatro.

Otra de las curiosidades es el mercado de caballos, que existe há mas de tres siglos; como que fué establecido por primera vez en 1564, en el lugar donde estaba el palacio de Tournelles, demolido por orden de Catalina de Médicis, despues de la muerte de Enrique II, herido de una lanzada por el conde de Montgomery. El patio interior del palacio se convirtió, pues, en mercado de caballos y tuvo este uso hasta el año de 1804. En aquella época hizo construir Enrique IV los edificios que despues formaron la plaza Real.

El mercado está ahora en el boulevard del Infierno: dos magníficas calles de árboles indican su entrada y sirven para abrigar á los caballos y defenderlos en lo posible contra los ataques de las moscas.

Por supuesto, que solo se venden en él los caballos de bajo precio, y sin embargo, se ha introducido ya una especie de clasificacion gerárquica. Los mejores están á la entrada; al otro extremo se relegan los pobres animales, flacos, derengados y viejos, á los cuales llamamos *pencos* los españoles.

Los caballos de lujo y de ilustre alcurnia se venden en casa de los chalanos de los Campos Eliseos y en el Tattershal, establecimiento muy útil y de importacion inglesa, situado cerca de aquellos.

El mercado mas importante de la semana se celebra el sábado. En él se presentan 700 á 800 caballos, cuyos precios generalmente no pasan de 1,500 francos; pero no es raro ver vender algunos por 12 y 15. Imagine el lector cómo serán ellos. Por razon de analogia es im-

(1) Este mercado está instalado en la actualidad en una de las secciones del Mercado central.

posible dejar de acordarse de los que se presentan en nuestras plazas de toros.

Los gitanos, tan célebres por la maña para hacer aparecer como un buen corcel un mal jaco, se quedarían tamañitos si contemplasen el punto á que han elevado su industria los chalanos de Paris. Aquí se remienda, se cose y se pega la piel de los caballos con habilidad incomparable; aquí se les ponen orejas á las infelices bestias *caoutchouc* que han perdido las suyas; aquí, en fin, se realizan prodigios á los que solo se puede dar crédito viéndolos.

Así como hay *claqueurs* ó palmoteadores en los teatros, existen igualmente en el mercado de caballos, que presentándose allí cuando se verifican las ventas, de acuerdo con los chalanos, pero aparentando la mayor imparcialidad, ponderan las cualidades y los brios de un rocínante que está deseando morir para descansar.

El comprador inexperto cae en el lazo con semejante cebo; y cuando cree haber adquirido un animal magnífico, al llegar á su casa conoce que ha sido inicua-mente estafado. Cada dia se repite la maniobra, y siempre con éxito completo.

Los domingos se celebra el mercado de perros en el mismo sitio que de caballos; pero no hablamos de él porque no ofrece circunstancias notables.

La enumeracion sola de los infinitos mercados secundarios que existen en los diferentes distritos de Paris, daría á este artículo extraordinarias dimensiones.

Limitarémonos á expresar que los principales son el del trigo, donde se venden los cereales; los del Chateau-d'Eau, Saint-Honoré, Gros-Caillois, Magdalena y de los Vinos, en el cual se expenden los caldos únicamente por mayor.

Bien merece este que le consagremos algunas líneas, si bien no todas las que exigirían su importancia y grandiosidad.

Forma pues ocho vastos edificios separados por seis calles y dos patios: cuatro de ellos están destinados á los vinos; tres á los aguardientes, y el último á los aceites.

Cada edificio se divide en almacenes, cuevas al nivel del piso y otras subterráneas, formando una superficie de 80,000 metros, capaz de contener un millon de hectolitros de vino, 160,000 de aguardiente y 60,000 de aceite.

Sesenta fuentes surten de agua en abundancia al establecimiento, que presenta un aspecto de deslumbradora limpieza.

El consumo de vino en Paris el año de 1867 ascendió á 3,154,414 hectolitros en cubas y 17,526 en botellas; 114,776 hectolitros de aguardientes y licores; 77,835 de sidras; 9,466 de aceite de olivo, y 168,633 de otros aceites comestibles; 40,084 hectolitros de vinagre; 120,625 de cerveza fabricada en la ciudad, y 247,550 de cerveza importada en ella.

La construccion del edificio para mercado de vinos costó 30 millones de francos á la municipalidad, y no le ha producido nunca mas que una tercera parte del interés que representa esta suma, por el derecho de almacenaje.

No nos falta hablar sino de los mercados de flores, que si prestan menos utilidad general que los otros, en cambio ofrecen una perspectiva deliciosa, no solo á los ojos de los aficionados, sino hasta de los que no lo son.

A Napoleon se debió el primer mercado de este género, que se estableció en Paris en un terreno inmediato al muelle Desaix.

Inauguróse en 1809, y desde luego se puso en moda, llamándose vulgarmente el *Muelle de las flores*, nombre que aun conserva en el dia. Durante mucho tiempo, fué el único de Paris; pero en 1834 se establecieron el de la Magdalena, al Este de la iglesia, que se celebra los mártres y viérnes de cada semana; en 1836 el del boulevard Saint-Martin (cerca del Chateau-d'Eau), los lúnes y juéves; y en 1845, el de la plaza de San Sulpicio, tambien lúnes y juéves.

La cantidad de flores, de arbustos y de plantas que en ellos se venden es incalculable: allí se ven desde las mas comunes á las mas raras; y es singular que hasta en los meses del invierno se encuentren, aunque á precios fabulosos, las rosas al lado de las camelias, los claveles junto á las margaritas, las magnolias de penetrante perfume contrastando con los jazmines de suavísimo aroma.

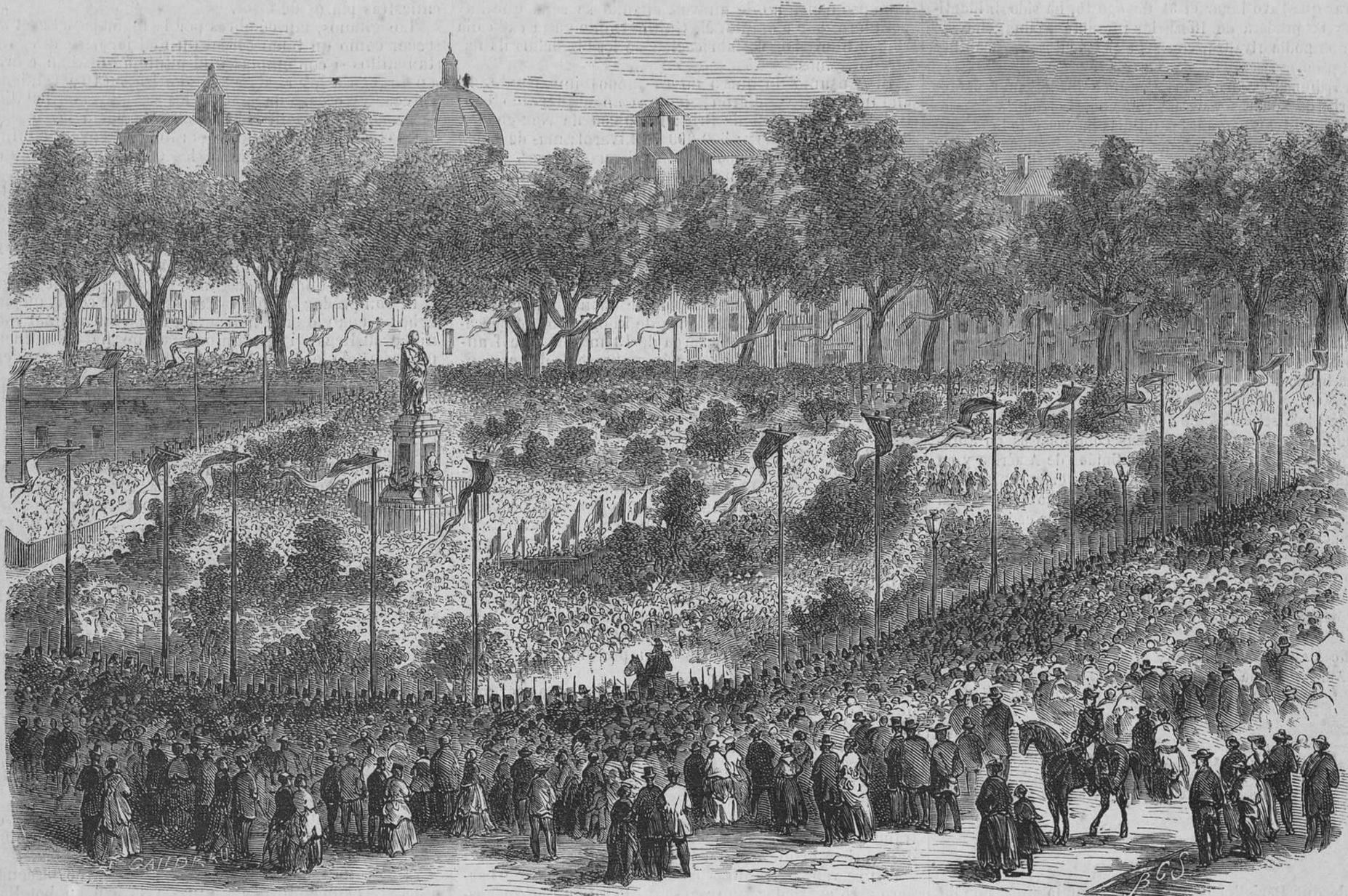
Son todos estos productos de las estufas, donde se cultivan con tanta solicitud como inteligencia.

En Paris, el uso de las flores es una parte del lujo general: no se comprende una casa bien establecida sin jardines en los salones, sin numerosas macetas en las antenas y escaleras, sin grandes vasos ó jarrones en los comedores y *boudoir*. Durante el verano se tiene esto por poco dinero; pero cuando llega el invierno, no se consigue sino á peso de oro.

Muchas de las flores vendidas en Paris son de los pueblos de las cercanías; pero otras proceden de países muy lejanos. De Holanda viene buena cantidad de ellas, y muchas veces las rosas, y las violetas que ostentan en su cabeza ó en sus manos las damas elegantes, proceden de Florencia ó de Parma.

El comercio es pues muy activo en este ramo como en otros, y algun dia nosotros, tan aficionados á estadísticas, manifestaremos así lo que la Francia ha dado á la Italia por sus importaciones, y lo que gasta Paris en esas bellas inutilidades, segun los profanos, que solo viven, cual ha dicho Malherbe, *l'espace d'un matin*.

UN DESCONOCIDO.



Embellecimientos de Niza. — La estatua de Massena.

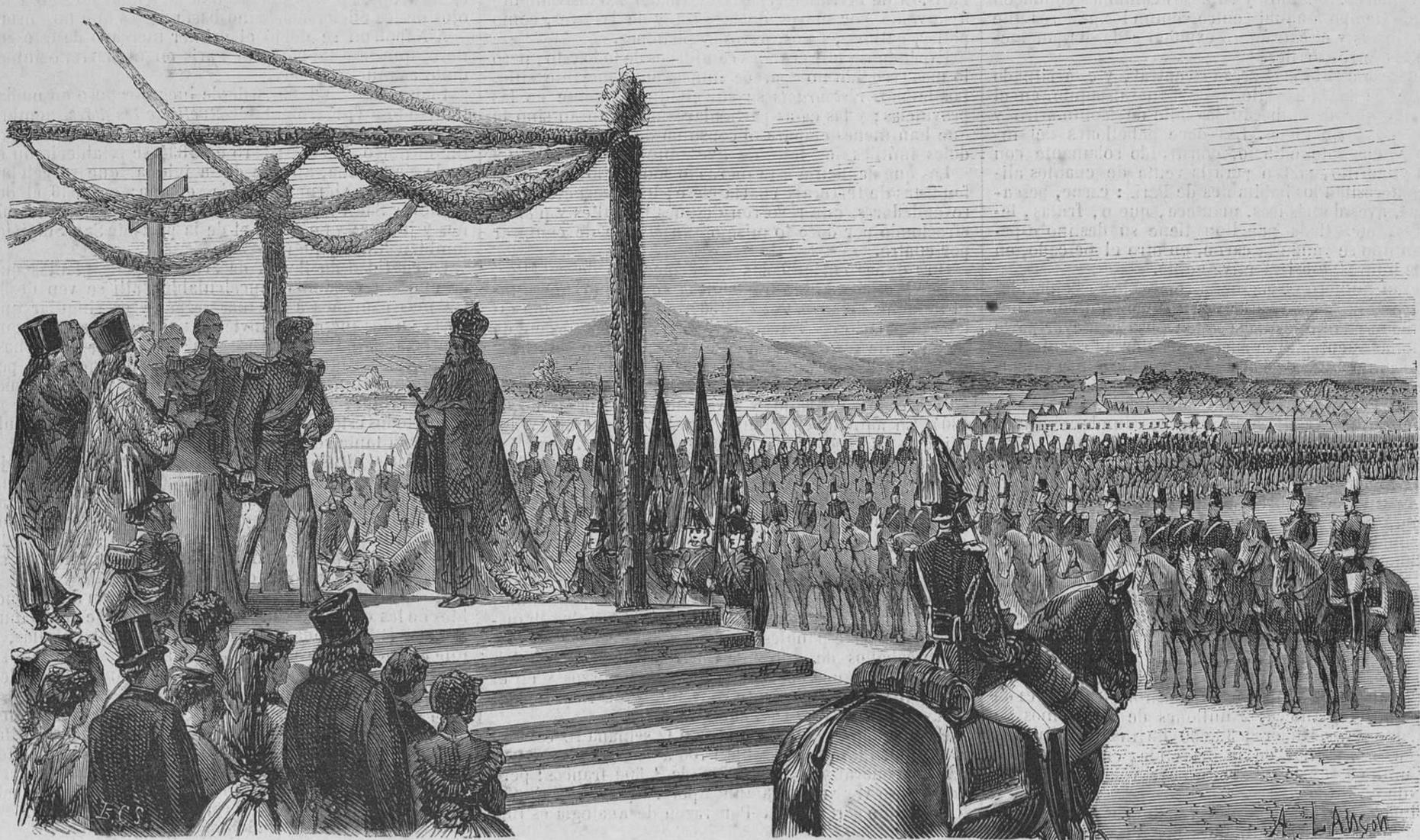
Inauguración

DE LA ESTATUA DE MASSENA EN NIZA.

Un nuestro número 834 hemos dado un dibujo que

representa la estatua de Massena erigida en Niza, y hoy publicamos la vista del lugar en donde se encuentra, con el aspecto que presentaba el día de la inauguración.

Una multitud enorme se habia reunido en Niza para rendir homenaje á uno de los guerreros mas ilustres de la revolucion y del imperio. El navío *Luis XIV* habia llegado de Tolon á Niza para dar mas brillo á la ce-



BUCHAREST. — El principe Carlos de Rumania poniendo los cimientos de una capilla en el campamento de Furceni.



Uniformes militares rumanos. — Infantería y artillería.

remonia. El general Reille, delegado por el emperador para presidir la inauguración, pasó revista á las tropas de la guarnición, y pronunció un discurso en el cual recordó los altos hechos de armas del mariscal que venció en Rívoli, en Zurich, en Essling y en Caldiero, y que mereció ser llamado el *Niño mimado de la victoria*.

Otros dos discursos pronunciaron el uno M. Malausena, alcalde de Niza, y el otro uno de los miembros de la familia del duque de Rívoli.

En nombre del emperador, el general Reille condecoró á M. S. Durandy, el autor de los embellecimientos ejecutados en Niza.

H. C.

El campamento de Furceni.

La trasformacion del ejército rumano, casi consumada hoy, es un gran acontecimiento nacional para los Principados Unidos. Rodeada de tres grandes imperios, cuya ambicion puede de un dia á otro producir un cho-



Uniformes militares rumanos. — Caballería.

que en las llanuras del Bajo Danubio, la Rumania debía prepararse por si atacaban su neutralidad. Ahora bien, para ejercitar las tropas en el manejo de las nuevas armas, se hacia indispensable la formacion de un campamento, y el terreno elegido no pudo ser mas propio para los ejercicios militares. El campo situado cerca de Furceni, en las cercanías de Teccuciu y de Fokschan, punto importantísimo por el cual ha de pasar el ferro-carril que se construye de Galatz á Roman, sobre los confines de los dos principados. Ocupa una soberbia planicie bañada por el Sereth, y que cierran las pintorescas montañas de la Urancia. El pais es muy sano, y de los 12,000 hombres reunidos en el campamento, no se han contado mas de 150 enfermos. Las tropas están instaladas en barracas bien construidas por los mismos soldados, y formando una sola línea de tres kilómetros de larga. El cuartel general se encuentra en el ala derecha cerca de un bosque, y la capilla en medio, á 500 metros del frente de banderas.

El príncipe Carlos salió el 3 de julio para el campamento, y estuvo en él diez dias. Allí pasó revista á seis regimientos de infantería, cuatro batallones de cazadores, un regimiento de artillería y dos batallones de ingenieros. Esperaban á las demás fuerzas de infantería, artillería y caballería, pues todo el ejército rumano debía maniobrar por turno.

La consagracion de la capilla tuvo lugar el 11 de julio en presencia del príncipe. Oficiaba el obispo de Roman. Las tropas, formadas en cuadro, desfilaron despues de la ceremonia, y luego, reunidas en masa, oyeron la lectura de la orden del dia, en la cual el príncipe Carlos las felicitó por su celo y buen aspecto. Estas maniobras serán para todo el ejército una excelente escuela que le permitirá elevar su instruccion militar al nivel de la de los demás ejércitos de Europa. Una inmensa muchedumbre asistía á este espectáculo interesante y nuevo en el pais. La fiesta militar acabó con un banquete dado por el príncipe á los oficiales superiores. Se distinguieron mucho los cazadores armados de carabinas Peabody, y los uniformes encarnados y azules de la caballería, cuya elegancia es muy notable.

He visitado, dice el publicista Carra, la mayor parte de los paises de Europa, y no conozco ninguno en que la distribucion de las llanuras y las montañas sea tan admirable para la perspectiva y la agricultura como en la Valaquia y la Moldavia. Tienen todos los productos, dice Ubicini. Las viñas dan vinos que con una explotacion inteligente rivalizarian con los de Francia. El *Olto*, el *Argesch*, el *Jalomitza*, el *Bisitza*, llevan pedazos de oro arrancados de las montañas, en las cuales hay minas de mercurio, hierro, cobre, azufre, carbon de piedra, etc. Cera, miel, tabaco, manteca, cueros, algodón, lana, seda, ganado y aves, todo esto viene á aumentar las riquezas naturales del suelo, donde se dan en abundancia todos los cereales. Sin cultivo, digámoslo así, el trigo da 25 veces su cimiento, la avena 30, y el mijo hasta 300. Hay bosques enteros de árboles frutales, círuelos, perales, albaricoques, cerezos, nogales. Para concluir, añadiremos que la trasformacion que hoy se efectúa en la Rumania aumentará mas y mas el interés que los economistas de Occidente han demostrado siempre á esa comarca.

F. A.

Curiosidad literaria.

Cinco novelas

ESCRITAS CADA UNA DE POR SI SIN LETRA VOCAL,

P. D. S. D. R.

LA PEREGRINA ERMITAÑA,

NOVELA CUARTA ESCRITA SIN LA LETRA O.

(Continuacion.)

Fué la felicidad del viaje aun mas insigne que la de Argel ó Cerdeña, si así se puede encarecer.

En esta ciudad ilustre, despues de nuestra llegada, á tres semanas, intenté un dia apartarme, y despedirme de la mejicana esclava; mas fué fuerza, á instancia suya, detenerme, pues llena de lágrimas, me pedia la guñase á una ermita de la Virgen Santísima María. Fuera de la ciudad estaba á media legua de distancia, pasadas algunas huertas, en la llanura de una gran campiña, y aquel dia se celebraba en ella la insigne fiesta de su Natividad purísima: quise hacerla este placer, y á breve distancia, antes de llegar á la ermita, vi, que desde la puerta me miraba ahincadamente una mujer de muy buena cara, en humilde traje de ermitaña, y que al entrar, casi que me queria hablar, y que arrepentida se paraba sin apartar de mí la vista. Reparé en ella, y parecíame en el talle y cara, tan semejante á mi difunta Laura, que si pudiera dudar de que era muerta, jurara mil veces que era ella, mil veces la abrazara. Entré en la ermita, rezé brevemente á la Virgen Santísima. Salí á la puerta á aguardar que la mejicana acabase, que siempre las mujeres tienen mas que rezar; y vi que la ermitaña seguía mis pisadas, y que se anda-

ba tras mí suspensa y embelesada, hasta que me determiné á hablarla de esta suerte:

— ¿Qué me quiere, ermitaña? ¿Para qué me quiere? ¿Es muda? ¿Para qué me busca? Hable, hable.

Y sin dejar de admirarse, reducidas las naturales luces de su agradable cara á perennes fuentes de lágrimas, esta fué su respuesta:

— ¿Llámase Vd. Andrés?

— Es verdad, la dije; pues bien, ¿qué me quiere? ¿Para qué se aflige? ¿Faltan á dicha Andreses en Valencia?

— Usted, así repetía, ¿es de Sevilla?

Al decir Sevilla, parece que en mí el alma extrañamente se alegraba, y que de alegre paraba, sin darle respuesta; mas al fin me animé y la dije:

— ¿Pues qué me quiere, hermana? Que si una mujer de esta tierra que se llamaba Laura fuera viva, dijera que era ella; mas ha mil dias que es muerta.

— ¡Ay, Andrés de mi vida y de mi alma!

Esta fué su respuesta, deshecha en lágrimas de alegría, y unida y enlazada á mi garganta, cual la inculca y verde hiedra suele á la cercana muralla, y repetir mil veces:

— ¡Ay, Andrés, Andrés! ¡Luz de mi vida! ¡Querida prenda del alma!

Al fin en esta célebre ermita de la insigne Valencia, vine sin pensar á hallar la peregrina belleza de mi perdida y naufragante Laura. Y si la infinita alegría que en hallarla tuve pudiera referirse y explicarse, dijera, para exagerarla, que fué á la suya igual y semejante. Al instante, pues, que la pedia, que en la verde esmeralda de aquella apacible yerba se sentase á referirme en suma su increíble vida, desde que en la mar la perdí: salía de la ermita la mejicana, disgustada extrañamente, segun el semblante, y admirada de verme desde la puerta asistir tan alegre á una mujer tan humilde; y así la supliqué prudente, se quietase, sentase, y que supiese, que la ermitaña era de Sevilla, y en alguna manera prenda suya, que era hija de Martin de Céspedes, desleal amante, y aquella mujer misma causa de mi esclavitud, que en Argel la dije, á quien perdí en la mar; y aquella era la peregrina Laura, alma del alma mia que imaginé muerta.

Fué la alegría de entrambas grandísima, y la mia excesiva en verlas abrazar tiernamente, hacerse y decirse públicas y afables caricias. Mas en el inter que se hablaban, reparé y advertí, que entre la gente que asistía á la siniestra parte de la agradable llanura á recrear la vista, entre la multitud de frescas huertas, jardines y cidrales que de ellas se descubren, se paseaba un mercader y un capitán, segun pude inferir de sus trajes y pláticas, y que á las caricias grandes que entre Laura y la mejicana veían, se paraban y se suspendían. Parecíame que entre sí hablaban algunas veces secretamente, y que me miraban de mal talante, así me levanté, y á las amigas, que ya en quien eran reparaban, hice que se entrasen á hablar en la ermita antes que sucediese alguna desgracia, y pudiera ser muy grande si dejan de seguir mi advertencia, pues el capitán y mercader eran Lucas Ramirez y Martin de Céspedes, su padre, y padre de Laura, que al verla en aquel traje disfrazada, y á mí que la asistía, se persuadian, y entre sí asentaban, que era bien que á puñaladas se diese al instante fin miserable á nuestras vidas, sin que mas se dilatase; pues á su vista tenían tan patente la pública infamia, y tan manifiesta la irreparable afrenta.

Y así burlada su esperanza, me apercibí, y desenvainé mi espada, y vi que al instante desnudas las suyas y las dagas, tras mí se venían é intentaban impedir y defender la entrada de la ermita á las dichas Laura y mejicana, y á mí que las hacia espaldas matarme; y para mas ayuda á mi desgracia, nunca ellas acababan de entrar en la ermita, que en ver tan impensada furia se estaban suspensas y casi paradas, sin mudar las plantas, tan irritadas y frias, cual si de piedra fuesen heladas estatuas: mas rebatí á sus secuaces las fatales armas tan alentadamente, que sin muchas cuchilladas, á Lucas Ramirez sutilmente le quité y gané la espada, y la tuve á mis piés puesta, aunque despues le permití que la alzase, y á su padre le quebré la suya, y pudiera si quisiera darle la muerte, antes que algunas espadas á meter paz llegasen. Muchas habia en la campiña, mas las mas de ellas envainadas y tan valientes y bizarras, que aun envainadas huían y dejaban desembarazada la plaza: debian de ser de prudentes mas que de pusilánimes, mas afuera miraban la pendencia; y acabada, me cercaban, y cada cual hacia instancia á que se hiciesen las amistades. Díjeles que de mi parte ninguna dificultad habia; y así la que hallaban era la del capitán y su padre, que públicamente decían; este, que le saqué de su casa á su hija y hacienda, y aquel, que le hurté en su querida prima su mujer misma, su prenda mas estimada.

Mas para que se alegrasen y la gente que asistía supiesen que me preciaba de mas puntual y prudente, y que defendía mi lealtad y buena fama, le supliqué al capitán y á su padre que me escuchasen aparte; y de esta suerte, brevemente les dije:

— De vuestras asperezas, de vuestras astucias y encubiertas trazas, acreditadas de vuestra gran riqueza, emanan, Martin de Céspedes, vuestras pendencias aceleradas, que aunque vuestras calamidades y desgracias, las de vuestra hija Laura y las mias, disimule vuestra prudencia, la presteza de mi fácil lenguaje y atrevidas palabras, que la verdad justificada si se ve perseguida y apremiada, suele ser útil escuela de la lengua mas cerrada, mas prudente, mas sabia y mas recatada. Ved, pues, si algun dia estuvisteis en Indias, qué hicisteis en

Nueva España y á qué mujer engañásteis, qué palabra la disteis, qué cédula la firmásteis, y qué prenda de ella tuvisteis. Ved si á dicha será Lucas Ramirez el capitán que está presente: ved si es esta la injusta causa de la preeminencia, que le encubris y negais de padre: ved si es bien que le aniquileis su dicha, y que le defraudeis de su ventura. Llamadle padre, capitán, llamadle padre, que es mas que pariente, á él debeis el ser, y á mí el deshacerse la cautela y maraña; y sabed que de ella, y particularmente de vuestras travezuras, resultan la fuga y calamidades de vuestra Laura, que intentais sacar de en casa de su padre, y entendeis que es prima vuestra, y es vuestra hermana, y si me culpais de que fuí el que la saqué, tambien fuí el que evité el detestable crimen que sucediera; y ella sabe que fué siempre, mientras pude asistirle, fidelísima y vigilante guarda de su castidad, y me deben mas fiel asistencia y defensa á la de vuestra madre, que una agradable mejicana que saqué de Argel y libré de cautiva, y en la ermita asiste vuestra hermana Laura. Mas para que en su integridad y pureza se pueda evitar dudas, si gustais, Martin de Céspedes, que ella sea mi mujer, la recibiré, si ella quiere, de muy buena gana, y entenderé que se acaban mis desdichas y que empiece á sublimarse mi ventura; esta será la nuestra.

La respuesta del capitán y su padre juntamente, fué el abrazarme mil veces y echarse á mis plantas.

En fin, quise ser su guía hasta la ermita, para ser en ella causa de nuevas alegrías y anticipar mis dichas; y en la breve distancia supe, que Elvira, mujer de Martin de Céspedes, y madre de Laura, habia seis meses que era muerta; y así en la ermita hice que él ratificase la palabra, y cédula á la mejicana, para cumplírsela antes de salir de Valencia; y que afable abrazase á ella, y á Laura su hija, y el capitán á las mismas, pues era su madre y hermana verdaderas. A la mejicana y á Martin de Céspedes les supliqué que á Laura deshiciesen las dudas y le declarasen la enigma, y que declarada, él la certificase de que se alegraría fuese mi mujer; y así al instante la dí fe y palabra jurada de recibirla antes de salir de Valencia.

Fué mi alegría inexplicable, y la suya infinita en ver acabadas nuestras desgracias y miserias, nuestras calamidades y desdichas, y así la supliqué que para que el gran placer de tan unánimes amistades se dilatase, quisiese referirme brevemente de qué suerte fué la suya tan increíble y feliz al acabarse, y escapar de la tempestad tan terrible en que la dejó perdida y la imaginé muerta, y su respuesta fué de esta manera: Al instante, Andrés, que vi que la miserable nave empezaba á abrirse y que tú te valias de tan pequeña tabla para salvar tu vida, la mia, discursé que si de la tabla me guareciese, y en ella te siguiese, infaliblemente te perderias; pues segun eres de galán, antevia en mi idea que deliberadamente me dejarías entera la tabla, y sin parte alguna te quedarías á querer vencer, dividir y superar la invencible furia de las irreparables aguas: y así me fuí al instante á la baranda de la nave, que era cerrada y cubierta; y en lugar de balaustres, cercada de fuertes tablas, y en ella até fuertemente de una alabarda la taleguilla de nuestras cadenas y preseas, y me así muy bien á ella y á la madera de la baranda. Abierta pues la nave, la parte primera que á las infatigables aguas fué tributaria, fué aquella parte misma de la baranda en que á la talega asida y de fatigas cercada asistía, que debia de ser la parte mas pesada; pues así junta la ví caer, y entera y en ella metida cual si en una caja estuviera, me hallé en un instante en mitad de la mar, que impasible me subía á las estrellas, y airada me precipitaba en las mas alzadas peñas, entre cadáveres de tristes naufragantes, que al asirse de ellas para salvar las tristes vidas, mas ahina hallaban la inevitable muerte. En fin, entre estas ansias tan terribles de que mas muerta que viva me hallaba cercada, siempre pedia al dulce Jesus de mi vida me ayudase, siempre clamaba humilde me valiese, y á la Virgen Purísima, Madre suya Santísima, llamaba y encarecidamente la pedia me librase, que si libre me veía en tierra de España, le empeñaba mi fe y palabra de servirla en traje humilde nueve meses en una ermita suya; y si la hubiese, en el paraje á que me guiese, y de cuidar de la limpieza de su santa casa y barrerla cada dia; y en estas ansias y fatigas, despues de pasar tres dias casi sin ver luz, y al empezar las aguas á humanarse y ablandar su furia terrible, descubrí una gruesa nave, temí seria de árabes, que mas merecian mis culpas. Era de ilustres mercaderes que de Alicante pasaban á Valencia. De esta gente principal fui amparada, y de ella traída á ciudad tan insigne, y de ella mas servida y regalada que si de cada cual en particular fuera única hija: y tambien amparada y salva mi taleguilla y juntamente la baranda que á ella venia atada, que es aquella que sirve de tarima al pié del altar, aquella fué la tabla en quien me salvé mi vida, quise que en esta sacra ermita tambien sirviese y se dedicase á la Virgen Purísima. Esta es, Andrés, esta es padre, esta es madre y Lucas la causa de mi traje y de asistencia en esta ermita. Nueve meses se cumplirán mañana en la tarde que entré en ella, y esta mañana se me cumplen juntas tantas alegrías.

Acabada la plátida de mi querida Laura, y sabida la causa de su asistencia, restaba saberse en la amigable junta la causa de la venida del capitán y su padre á Valencia, así quise suplicar al capitán la dijese; mas él empezaba ya á recitarla de esta suerte: Tres meses há que de S. M. tuve la patente, en que me hace merced de capitán de infantería para asistir en Flandes; mándame que venga á Valencia á hacer gente, y que en

esta ciudad asista, hasta que me señale día para la partida: pareceme que pasará largamente mas de seis meses hasta que á Flandes me parta. La venida de mi padre fué á hacer ciertas cuentas y pedírselas á un mercader, que era su asistente en Madrid y le debía gran cantidad de hacienda, fuése de allí sin remitirle sus letras ni escribirle. Era natural de Valencia, y tiene cartas mi padre en que le avisa que en ella reside, que tiene bienes de raiz y gran cantidad de hacienda en que pueda satisfacerme; mas há de siete días que fué nuestra venida, y hechas las diligencias necesarias, y ni el mercader parece, ni la hacienda, ni quien de él sepa dar cuenta. Esta fué la que á la amigable junta el capitán daba, y de ella se inferia que á la fama de la fiesta venia aquel día él y su padre á la ermita: nuestra asistencia en ella fué nueve días, para gratificar á la Majestad Divina, y á su Madre Santísima tantas mercedes y celebrar mas ámpliamente su Natividad Purísima. De aquí fué nuestra retirada á Valencia, las célebres y alegres fiestas de nuestras maritales juntas á la primera semana; mas la asistencia hasta la partida del capitán á Flandes, que fué de allí á siete meses, y de aquí la nuestra al insigne Madrid, esfera, mapa y resúmen de maravillas y grandezas, silla suprema de la majestad del gran Felipe, y de aquí á vuestra deseada patria, la gran Sevilla.

En ella busqué al instante á mi padre Miguel de Cantillana, y me eché á sus plantas, y su alegría fué tanta en verme, que casi le impedía y ayudaba la lengua para hablarme, si bien para abrazarme me añadía nuevas fuerzas. A mi madre halle muerta. Martín de Céspedes á Blanca su hermana, buena y fresca, la cual rejuvenecía mas en ver á Laura, pues nunca se hartaba de mirarla, abrazarla y besarla, y admirarla de ver ante sí viva la que reputaba muerta. Pedíala que nuestra venida fuese en su casa, mas fuera disgustar á Martín de Céspedes, y así fué en la suya, y alegres que la de mi padre fuese en la misma calle y enfrente de la nuestra, y mas alegres al presente, pues él y Blanca tratan de casarse, y sin falta se efectuarán y harán las escrituras esta semana.

Esta es puntualmente la que Andrés de Cantillana me daba de su vida; la de Vd. aumente, y guarde la Majestad Divina largas y felicisimas edades. Casa y diciembre á diez y siete, vispera de la festividad sagrada de la Virgen, que se intitula de la esférica letra, que á esta carta falta, que es bien que así suceda para que en día tan célebre, letra tan divina y admirable se emplee en referir sus infinitas alabanzas, recitadas de lenguas eruditas y sábias, y plumas selectas y sublimes, sin que la mia tan humilde y necia pueda mentarla ni en tan rústica pintura, si bien que verdadera, entretejerla.

LA SERRANA DE CINTIA.

NOVELA QUINTA ESCRITA SIN LA LETRA U.

Parto largo é hija al cabo, dice el adagio castellano, señor don Inigo; pero si lo dijéredes (como lo recelo) por el de la planta ó arbolillo de este pobre papel mio, parto de la estéril ó poco fértil tierra de ingenio, hallándose (acaso) necio y largo, consolaros podreis y remediarlo con no hacer de él grande aprecio y con acordaros del parto de los montes, tan portentoso como célebre, por el mínimo ratoncillo tan reido en el latino adagio. Y así, de perdon y amor digno, hallareis esotro parto de mi pobre talento, y principalmente si considerades al árbol mismo de dos notables letras en todas sus hojas falto; ¿pero cómo podrá dejar de tener faltas, siendo mio? Yo las confieso, y con las de dos letras, la sobra de ignorancias, por si me la notaren los mordaces, ahorrarlos al referirlas de trabajo; mas el de las dos letras consiste en la postrera de las cinco principales, y en otra consonante y relatoria, por ser las dos entre sí en extremo conformes y amigables, y no ser posible hallarse sin la principal la consonante; pero entre la hojosa rama y flores, sin ser árbol de los jardines hespérides, mirareis el inestimable y rico como de oro de mi afición generosa, olorosa de efectos y brillante en deseos de acertar á agradaros, y por eso en forma de corazón, pero sencillo, no doble ó lisonjero en referir torpes amores, lisonja sí de los modestos, por lo ambicioso de la estimación y agrado en los leales, y por el pretendido aprecio en los ingenios doctos, árbol milagroso le dé el de Apolo contra los rayos críticos: por esto os le dedico y consagro, no arrogante, pero tímido de si le hallareis estéril, se os presenta y pone en las generosas manos, interesable en el deseo de hallarse engrandecido; mal dije, osadía parece, como planta frágil digo, y en los merecimientos corta fe os rinde, y postra á las insignes plantas, y reconociendo en sí excesos de pobreza, se nombra la Serrana de Cintia. Admitidla afable y agasajadla alegre, honradla y amparadla generoso; crecerá fértil y llegará feliz á gozar, como gozareis de inmortal memoria en los honrosos clarines de la fama.

A doce millas de la gran Lisboa, entre millares de floridos campos, alegres prados, dilatadas y apacibles dehesas, montes y collados, poderoso se engrie, y emperador magnifico se ostenta, coronándose de excelsos pinos y de frondosos castaños, el célebre y grandioso monte Tagro, conforme doctos escritores, ó como afir-

man otros. el gran promontorio Artabro, con entrambos nombre le celebró la fama por todo el orbe, y hoy le celebra y engrandece con el admirable y honorífico de Sierra de Cintia, resplandeciente antorcha y agradable presidente de la noche, por el insigne y grandioso templo, blason de las mas altas cimas de estos cerros, al mismo planeta, y delfico hermano, honor del día en los pasos y gloriosos siglos dedicado: notable fama, inmortal memoria de invictos romanos, tan exagerada en históricos libros, tan decantada en peregrinos códices, como en líricos metros, heroicas canciones; insignes poemas, en otros tiempos mas admirables y felices, celebrada así por los incomparables monasterios, palacios de Dios en ella fabricados, como por las poblaciones famosas y amenisimas al pié de la misma Sierra colocadas, y principalmente por la majestuosa Cintia, hermosísima reina de todas ellas, precioso palacio, delicioso trono, generosa cifra de grandezas, dedicada al entretenimiento y descanso de poderosos reyes y monarcas, no dejando por rico alegre jardín de odoríferas flores, y fertilísimo sitio de sobradísimos pomos para toda Lisboa y adherentes comarcas, alzándose con el peregrino nombre de la Sierra, para mayor blason, é inmortal epigrama de las grandezas de ella.

A este, en fin, arrabal del cielo, ó terrestre paraíso de España, se retiró á pasar los alegres meses de abril y mayo, y entretenerse en el apacible y delicioso ejercicio de la caza don Félix Osorio de Meneses, noble rama de la gloriosa estirpe y tronco de Osorios, por apartarse de los enfados de Lisboa, amada patria, esperando tardanzas de correos de la corte, baldados despachos, sobre pródigas pretensiones; pero dejando en ella padre y dos hermanas doncellas, y bizarras damas, tan conocidas por el apellido de Osorio, como por la bizarría y gentileza, estimadas y celebradas de la fama; el nombre de la mayor, doña Isabel; el de la menor, doña Clara, y el del noble, don Tello Osorio de Meneses; y además de estos tres hijos tenia en Flandes otro, por nombre don Francisco, capitán de infantería, del hábito de Santiago, gallarda persona y talle; y si bien la gentileza no les era inferior don Félix, galan por extremo, cortés, magnánimo, afable en el trato y condicion agradable, de edad de diez y ocho años: si en algo era notado de los amigos y motejado de las damas, era solamente ser para con ellas encogido y poco inclinado á empresas y materias amorosas. Jamás rindió, como otros mancebos, mientras asistió en Lisboa, liberales párias al ciego y poderoso niño Dios, de Cipria hijo; ni se le dió lo jamás de los enamorados y finos amantes. Hablarle en cosas de amor, era para él hablarle en griego ó en hebreico: así lo reñía, como si él de mármol ó de bronce se naciera formado, y no de la masa de los otros hombres. Con reirse satisfacía, y con escarnecerse de los enfermos de este mal tan notable como apetecible, por locos los tenia y decia eran hombres incapaces de razon y entendimiento: parecíanles acciones indecentes para hombres de calidad y nobleza.

Mas como no está libre de las inconstancias del tiempo el excelso roble, la torre mas alta y el mas engreido y eminente edificio, tampoco la condicion del ánimo mas noble, mas libre, exento y heroico, deja de padecer amorosos peligros: y así tampoco será de admirar si el alentado don Félix, entre lo mas fragoso y áspero de la sierra, se postrare, se rindiere al tierno Dios de amor, siendo rapáz, si por experiencia se sabe, y se conoce ser tambien esforzado gigante.

En este sacro promontorio se entretenia el gallardo mozo, ya fatigado tras las ligeras corzas las inaccesibles peñas y montes, tan tersas las lastimadas liebres y conejos, las intrincadas matas y jarales, y á los apacibles remansos de los rios y alegres márgenes, engañando con esparcidas redes y pegajosa liga los simples y calurosos pajarillos, y con el admirable rayo de la escopeta, domeñando la remontada y altanera garza, envidia de las demás, por los hermosos ojos y por la pomposa gala y bizarría de los blancos marinetes y aliñados copetes y rizados penachos, ó la de pico, medias carmesies, perdiz rastretera y necia mohatrete y engañosa.

Mas yendo acaso cierto día á lograr del ligero y ardiente plomo los despojos, y acercándose hácia la corriente agradable del mas cercano arroyo; dormida y reclinada sobre el siniestro brazo y toscó sitial de la Peña mas baja, si bien del empinado risco ó dócil de la mas alta lisongeada, ó la mas apacible sombra, y los piés sobre el tapete y rica alfombra de las arenas de oro, notó en hábito de cazadora, de flechas y arco armada, y con pistola bordada en la pretina, á la hermosa Diana, mal hice de nombrarla así á la bella Jacinta, si de Diana la belleza con ella comparada, era como la inferior estrella respecto del sol resplandeciente. El mismo sol á mirarla parece se detenía alegre, de conocerse señor del orbe, sin afrenta, por los dormidos competidores, si ya no de corrido, ministerioso desease despertarla por hallarse necesitado y falto de esplendor y rayos: y si así era, harto hacia por imitarle el animoso don Félix; mas no podia, hallándose inmóvil con la no esperada beldad; antes si increíble le parecia, y mas increíble los efectos en sí mismos, tan de repente experimentados.

Mas cobrándose insaciable en el deseo de mayor gloria, deliberándose á recordarla, se acercó animoso, si bien con respeto notable, mas dos ó tres pasos, y así dijo:

(Se continuará.)

El istmo de Suez.

(Continuacion. — Véase el número 869.)

En el número anterior hemos dado, entre otros dibujos, un panorama de la ciudad marítima de Puerto-Said con sus largos malecones, sus dársenas, sus monumentos de una civilización industrial, ciudad improvisada que ha tomado en breve tiempo un incremento extraordinario.

La aldea de Gemileh, situada á 6 kilómetros, es un punto de paseo para los habitantes de Puerto-Said. A decir verdad, Gemileh no es otra cosa que una aglomeración de cabañas en la árida playa que baña el Mediterráneo y á la entrada de *Boghaz*, por donde este mar entra en los lagos Ménsaleh.

La población de esta aldea se compone enteramente de pescadores árabes medio vestidos con pintorescos harapos. Su tipo es enérgico. Son anchos de hombros, de brazos y piernas musculosos y las extremidades finas; se envuelven graciosamente en ese traje *fellah*, que se compone de una especie de camisa de algodón azul ó blanca sujeta con un cinturón de cuerdas ó de juncos. Este vestido remata en una franja que apenas llega á las rodillas. Por lo regular llevan en la cabeza un gorro encasquetado hasta las orejas; pero otras veces se ponen el turbante sucio como lo demás de la vestidura.

Las mujeres visten una ancha túnica de algodón azul que cae hasta sus piés diminutos, y llevan el rostro velado como prescribe el Alcoran. Únicamente los ojos quedan visibles á los curiosos. En cuanto á los chicos, andan desnudos. Mientras son pequeños, las moscas les devoran los ojos. Sobre sus párpados entumecidos se ven enjambres de moscas, que sin duda no les incomodan, puesto que no tratan de librarse de ellas. Solo á los siete ú ocho años les permiten cazarlas; mas pronto serian demasiado torpes y podrian matar una ó dos, y Mahoma no quiere que se haga daño, ni á una mosca.

Otra particularidad que distingue á los chicos de Gemileh, es el desarrollo sobrenatural de su vientre, pero esto desaparece en cuanto el chico tiene que hacer el duro aprendizaje del mar. Mientras puede subir á la barca paterna, se revuelca al sol jugueteando con el pelicano de la choza.

Este pelicano, que domestican los pescadores de Gemileh y cuyo bulto es mayor que el del cisne, hace muchos servicios á la colonia, pues además de divertir á los chicos, utilizan su facilidad de digestión y su glotonería de ictiófago, para limpiar la playa y las cercanías de las habitaciones de todos los residuos de la pesca. El emblema emplumado del amor materno se apodera de todo pez que está á su alcance, por medio del gancho que termina la mandíbula superior de su pico, y le deposita en la membrana dilatada, una especie de bolsa que sostienen los ramales huesosos que forman su mandíbula inferior: cuando la bolsa está llena, se retira á un rincón, se eriza con todas sus plumas y se entrega al dulce trabajo de la digestión.

Pero de todos modos la atmósfera de Gemileh está saturada siempre con las emanaciones que esparcen los peces olvidados ó desdenados por el pelicano, que al cabo y al fin se sacia, ó mejor dicho se llena; y cuando su vientre está atestado, cumple mas difícilmente sus deberes.

En las ocasiones en que los vientos son contrarios y soplan del Sur, cuando falta la pesca, el pelicano se dirige al *Boghaz*, á la orilla de ese canal natural que alimenta los lagos, y se pone en acecho, sondando con el ojo las aguas del fondo á la superficie.

A veces pasa el tiempo en balde: los tiburones no entran en su bolsa, y el pobre pelicano tiene que volver á casa con su pico de 50 centímetros, que en tales casos aun parece mas largo. ¡Qué felicidad si encuentra á la vuelta una espina bien seca y bien dura! A falta de otra cosa mejor, con eso entretendrá las mandíbulas.

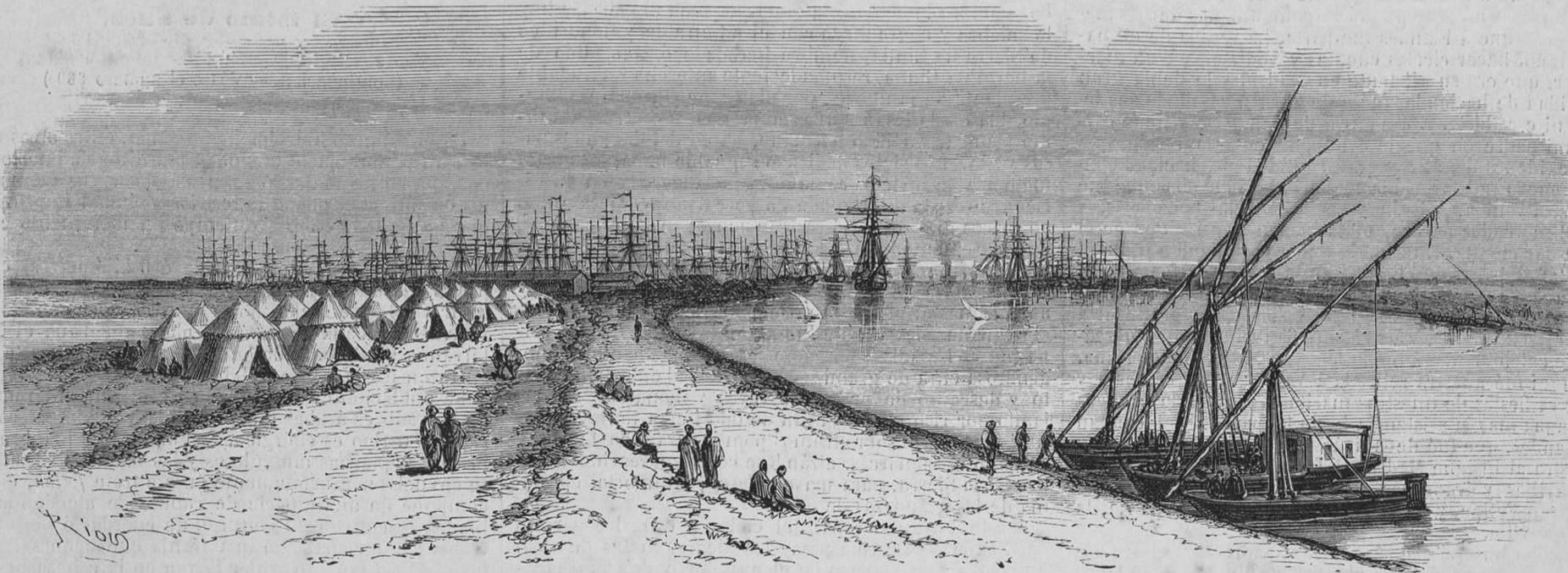
Seguramente, el pelicano prisionero es una de las curiosidades de la aldea de Gemileh, cuyo carácter pintoresco es muy propio para entusiasmar á un pintor. ¡Qué hallazgo para un colorista, esas tintas indecisas del amanecer en esas cabañas de juncos! A esa hora matutina las redes de pesca, húmedas de rocío, que cuelgan como largos velos, adornan con sus diáfanas mallas las siluetas de esas tiendas árabes que se destacan en una bruma de oro y de azul, ligeramente anaranjado.

Deslumbrado por ese mágico espectáculo, el artista trataría de fijar en su lienzo esos matices inolvidables; con la imagen de esas mujeres que llevan al hombro el cántaro egipcio, ó su chico desnudo y que se perfilan como estatuas esculpidas en el ébano por un escultor eminente.

Solo el sol de Oriente sabe producir esas maravillosas combinaciones de tonos, esas luces tan magistrales.

Todo esto se ve y se siente; un pintor de genio puede expresarlo hasta cierto punto; pero no puede describirse. Ante esos mágicos efectos de la luz, la criatura no tiene que hacer mas que humillarse, y la imaginación se detiene vencida enfrente de la naturaleza.

De Gemileh volveremos á Puerto-Said, donde nos espera el buque que debe trasportarnos á Ismailia. A la izquierda, mirando á la ciudad, vemos agrupadas las blancas tiendas levantadas para la breve estancia de los peregrinos musulmanes que vuelven de la Meca. Bajo esos abrigos de lienzo los *Hadjis* que han llegado de Suez á Ismailia por el ferro-carril, y de Ismailia á Puer-



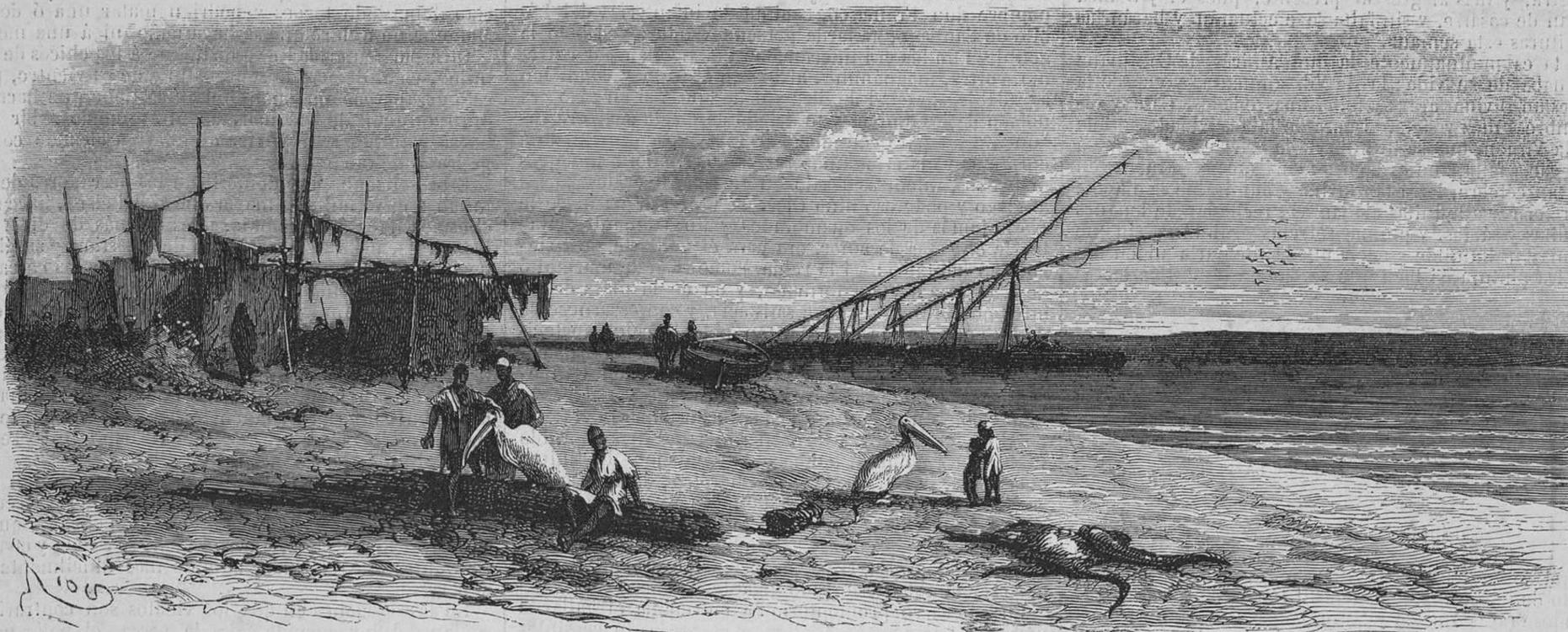
Canal de Suez. — Puerto-Said, entrada del canal marítimo: vista tomada del campamento de los peregrinos.

to-Said por el canal, esperan el momento en que el vapor de la Compañía otomana *Azizié* los tomará á bordo para trasladarlos á Europa. A veces es cosa de horas, y

á veces de días: depende de la coincidencia del instante de la llegada con el de la salida de los buques.

Cuando desembarcan ahí los peregrinos que vuelven

de la Meca, están sucios, haraposos y extenuados. Se conoce que ese viaje es una obra pia, y que el sentimiento religioso ha debido experimentar una satisfac-



Pesquería y aldea de Gemileh.

ción tanto mas viva cuanto mas duras han sido las privaciones que ha sufrido el cuerpo.

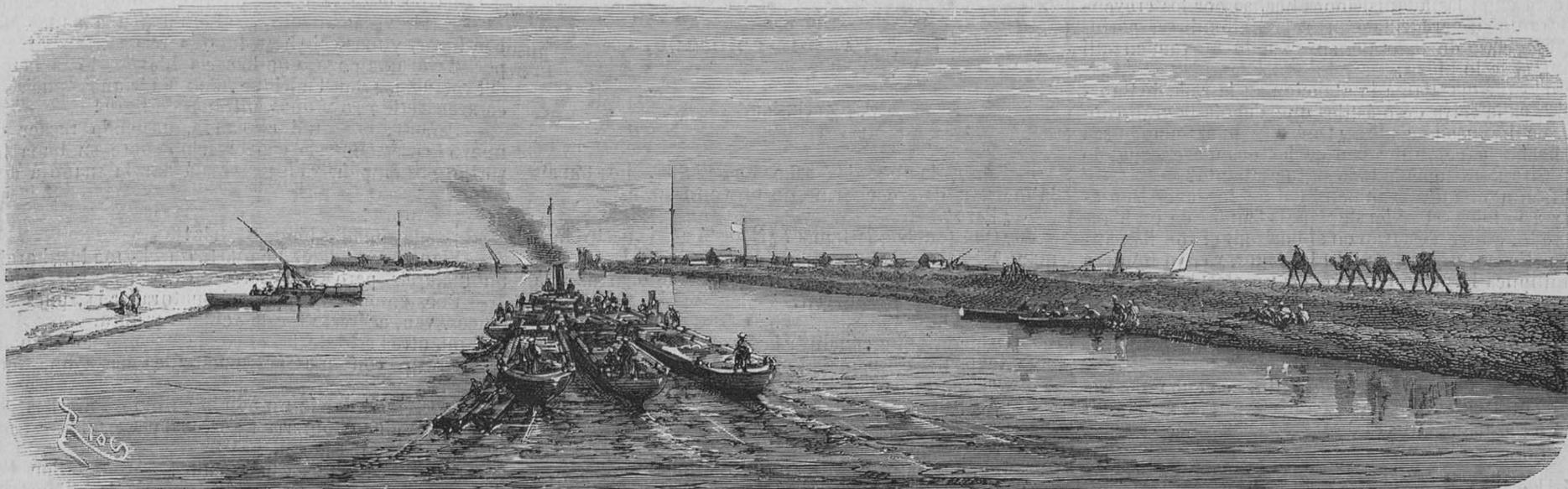
Sin embargo, pueden dejar su salud y su robustez en

el camino; pero en cambio hay cosas que nunca les abandonan, como la pipa, el quitasol y la vasija de las abluciones. Este utensilio tiene la forma de una tetera,

y en él conservan el agua necesaria para el *abdest*, la pequeña ablucion en la que el creyente se contenta con lavarse las manos, los piés y el rostro.



Boghaz de Gemileh, entrada del Mediterráneo en los lagos Menzaleh.



Canal de Suez. — Raz-el-Ech, en el lago Menzaleh.

Las setenta y una sectas que reconocen á Allah por Dios y á Mahoma por su único profeta, se hallan representadas en esa reunion de peregrinos. Unicamente los

carmatas, que forman otra secta mas, no se mezclan nunca con los *Hadjis*, porque su jefe ha prohibido la peregrinacion al mismo tiempo que permitió el uso del

vino : ellos se conforman con las prescripciones del jefe absteniéndose del viaje y abusando de las bebidas. Aunque faltan los carmatas, la reunion tiene el as-

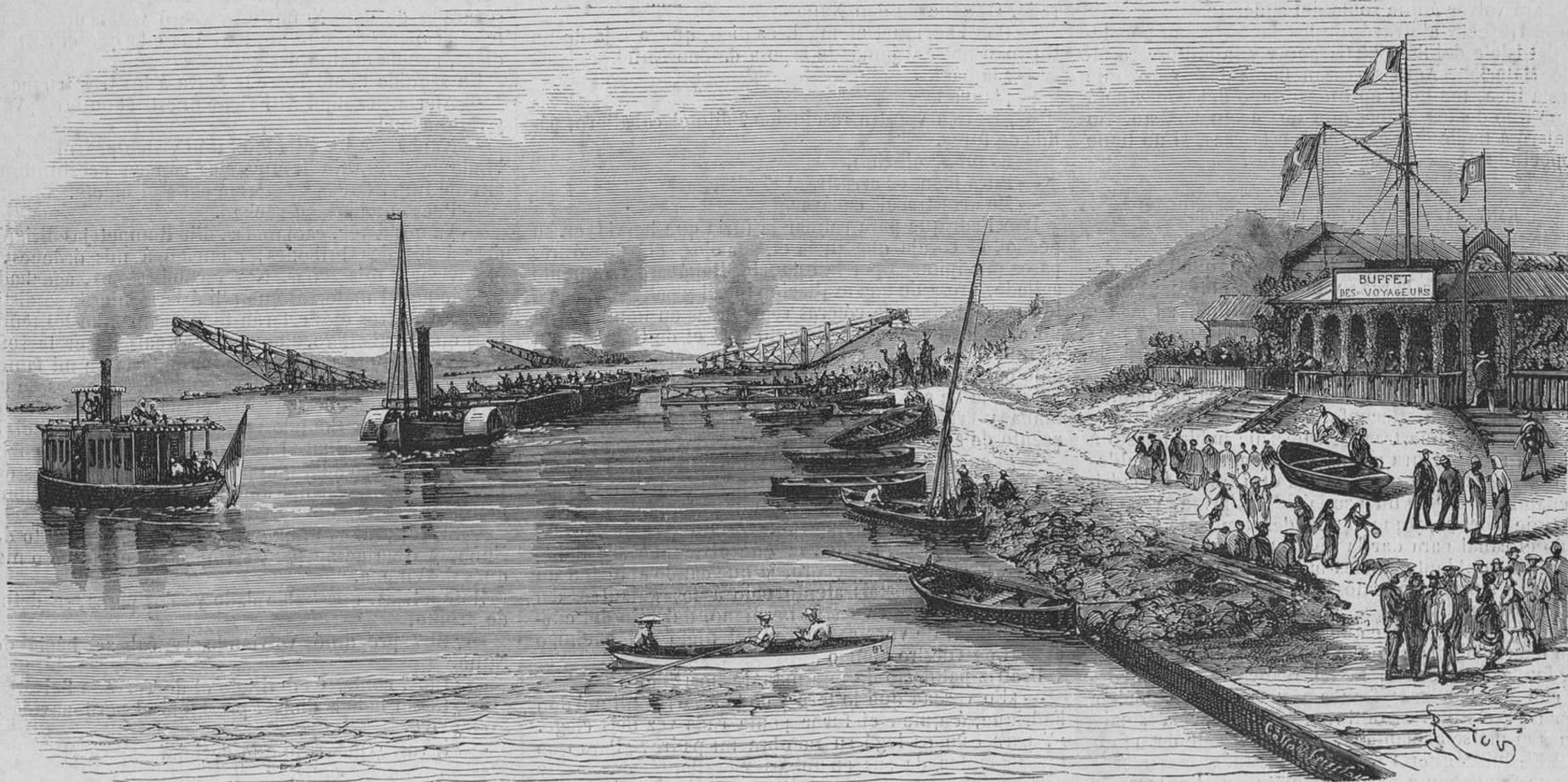


Aldea árabe en las orillas del lago Menzaleh.

pecto mas pintoresco que puede imaginarse. El circasiano, con su alta gorra de astrakan y llevando al cinto el terrible cangiar, se roza con el creyente de Estam-

bul, que se distingue por su inmenso turbante, con los barbudos magharabinos, los hijos de las orillas del Ganges. Mujeres y chicos comprados en el camino forman

parte de la caravana. El musulman no descuida sus negocios mientras piensa en su salvacion, y asi es que en el muelle abundan las cajas y los fardos de mercancías,



Estacion de Kantara: Buffet de los viajeros.

que contienen las adquisiciones hechas por los creyentes durante su peregrinación. Telas, alfombras, perfumes, esencias, de todo tienen, y todo lo venden allí mismo, si se lo piden.

Pero lo que más llama la atención en la rada de Puerto-Said, es la selva de mástiles que denota la gran cantidad de buques anclados. ¿Qué será pues cuando sea cosa hecha la comunicación de los dos mares, cuando el tránsito haya tomado todo su incremento?

Al frente tenemos la inmensidad de los lagos Mensaleh; y á lo lejos, al sudoeste, largas bandas de un blanco rosado, que se destacan en el horizonte: son flamantes y pelicanos que pescan en los lagos, y cuyo número se multiplica hasta lo infinito por un efecto de óptica. Al Este, y gracias á la misma ilusión, parece que se elevan de las aguas numerosos grupos de árboles, y son las mazas de tamariscos de algunos centímetros de altura que crecen en la arena.

Desde la entrada del canal marítimo se echa de ver que se entra en el país de los sueños, que se ha puesto el pié en la mágica tierra de Oriente.

RAZ-EL-ECH. — ALDEA ÁRABE. — EL BUFFET DE KANTARA.

Nada más fácil que embarcarse en Puerto-Said para Ismailia. Gracias á la inteligencia, á la actividad y cortesía de M. de Rouville, jefe de división del tránsito en Puerto-Said, es lo más sencillo que hay en el mundo.

Se toma el billete y se entra á bordo de un elegante vapor de la Compañía de Suez. La disposición interior es bonita y confortable.

Allí se encuentra una sociedad engalanada cuyos trajes son un término medio de buen gusto entre el *cant* británico y la negligencia oriental. Las señoras, principalmente, descuellan en esas caprichosas combinaciones de trajes cosmopolitas.

Las inglesas que van á la India, las italianas y las francesas rivalizan en originalidad. Para el observador, no es este uno de los menores hechizos del viaje.

El mejor puesto de observación es la escalera de proa que conduce del puente á la plataforma. Desde allí se va viendo el paisaje, y se siente el aire fresco de primera mano. Sin trabajo y sin cansancio se hacen los 14 kilómetros, y se llega al puerto de Raz-el-Ech, la primera estación del canal marítimo.

En este punto los vapores hacen agua y cargan carbon cuando lo necesitan.

Este campamento, que primitivamente no era más que un islote de fango, está hoy cubierto de construcción y presenta un gracioso aspecto. En una barca egipcia (*dahabieh*) vivieron en un principio los trabajadores que emprendieron la transformación que ahora se admira.

ALDEA ÁRABE.

Cerca de Raz-el-Ech, á la otra parte del muelle y á la orilla de ese gran lago Menzaleh que no tiene menos de 220 kilómetros de contorno en el que desemboca el Nilo por dos de los antiguos desagües, y el mar por tres boghaz, se encuentra la aldea árabe, adonde llevan los pescadores su cosecha marina, y amarran sus barcas con su alta vela latina.

La pesca de Menzaleh está arrendada á los *reiss*, ó marinos del lago, por el gobierno egipcio, y el producto es considerable.

Los pescadores en sus *dahabieh*, cuya construcción no ha variado desde el tiempo de los Faraones, llevan sus peces á Damietta, cuando sopla el viento de Este, y esperan para volver á que sople del sudoeste.

Con el trayecto al través de los lagos, pasan por delante del islote del Scheick Carpouty y la pintoresca aldea de Matarieh. Aquí se cazan flamantes, y yo, que tuve esta idea, me metí en un pantano del que vino á sacarme uno de los árabes que nos acompañaban. No aconsejaré á nadie que emprenda esta caza, si no tiene un conocimiento exacto de los lugares.

KANTARA. — BUFFET DE LOS VIAJEROS.

Algunas horas después volvía al vapor, que había dejado para tomar una barca, y bogaba rápidamente hacia Kantara, la segunda estación marítima, situada á 44 kilómetros de Puerto-Said. Mediante 3 francos y medio hice un almuerzo que no era malo. Quizás al pollo le faltaba carne; pero la costilla era succulenta y el vino bueno. Además había una fritura de pescado menudo que estaba exquisita. Reconfortado con mis cuatro platos, mis postres y una taza de café, me había puesto á estudiar la arquitectura oriental y europea del establecimiento, la mitad de madera y la otra mitad de ladrillos, cuando apareció un grupo de bailarinas vestidas con el traje morisco, y que venían del campamento atravesando el canal para dar la bienvenida á los viajeros. Su gracioso semblante, la flexibilidad de su cuerpo bien modelado, y sus movimientos originales llamaron mucho mi atención.

Pero muy en breve tuve que dejarme de bailes, viendo que enarbolaban en lo alto del buffet la bandera del istmo, fondo azul con I. S. en blanco, y que flotaba junta con las banderas francesa y egipcia. El deber ante todo. Preciso era continuar el viaje hacia Ismailia, pues el día se adelantaba, y antes de detenerme en el tenil El-Guisr, quería yo visitar las máquinas elevatorias que funcionan á pocos kilómetros de Kantara.

R.

El del capuz colorado.

(Conclusion.)

— Esto es lo que vais á saber en seguida, si os tomáis la molestia de escucharme un breve instante.

— ¿Pero?...

— ¿Qué tenéis que temer? ¿No está aquí vuestro hermano?

— Es que este hermano se porta conmigo de una manera... de una manera...

— Acabad.

— Os pesará que concluya la frase.

— Acabada, os digo.

— Dejémosla así.

— ¡Acabad, voto á mil diablos!...

— Pues, bien, de una manera...

— ¡Incalificable!

— No, de una manera indigna de quien es y de como se llama.

Don Fadrique ahogó la cólera que hizo nacer en su corazón esta frase, y cruzándose de brazos, exclamó con cierto tinte de ironía:

— ¡Pardiez, señora, que si no supiera yo quien sois y lo que me debo, había de vengar esta injuria!

— Caballero, estais insultando á una dama.

— Pues entonces, señora, callad y oidme... callad y oide, ¡vive Dios! que demasiado estais viendo que mal reprimó la cólera que me ahoga.

— Hablad, pues, hermano. Pronta estoy á escucharos.

Y la bella de las bellas envolvió á don Fadrique con una mirada de supremo desden y se sentó con el ademán de una reina.

El de Guzman procuró reprimir su enojo y se acercó á ella.

— Ya sabéis, le dijo, que he dispuesto de vuestra mano.

— Creo recordar que me lo dijisteis un día, contestó Beatriz con una indiferencia glacial.

— Pues bien, ha llegado el instante.

— No os comprendo.

— El instante de cumplir vuestra promesa.

— ¿Mi promesa? dijo admirada la dama. Repito que no os comprendo.

— Quiero decir que vais á casaros. ¿Comprendeis ahora?

— ¡Casarme!

— Sí.

— ¡Yo!

— Vos.

— ¿Yo?... ¿Estais loco, don Fadrique?

— Loco me volveríais vos, señora, si atendiera á vuestra razón. Hay un hombre que reclama vuestra mano.

— ¿Y quién le ha dado el derecho para reclamarla?

— Yo.

— ¿Y quién os mete á vos en darle este derecho?

— Soy ó no vuestro hermano?

— Para cuidar de mis bienes y de mi honra os dejó nuestro padre, pero no para disponer de mi corazón.

— Abreviemos, hermana. Mi palabra está empeñada, y seréis hoy mismo esposa de don Nuño.

— ¿De don Nuño, el que mordió la arena en el torneo? ¿Buena lanza es vuestro amigo y honra grande adquiriera nuestra casa con darle yo mi mano!

— Dejad irónicas insinuaciones. El altar está preparado. Os aguarda don Nuño.

— Don Fadrique, atended, os digo, que la hija de un Guzman no será jamás la esposa de don Nuño.

— ¿Jamás?...

— ¡Jamás!

— ¿Es esta vuestra resolución? dijo el caballero, pálido de furor.

— Es mi resolución.

— Pues bien, os arrastraré al altar.

— Me arrastraréis cadáver.

Don Fadrique para calmar la furia que hervía en su pecho, el coraje que lucía en sus ojos, dió dos ó tres pasos precipitados por la estancia. Hallábase vivamente agitado, presa de una exaltación febril y peligrosa, como lo son toda clase de cóleras reprimidas en hombres de un carácter orgulloso y violento cual el de Guzman. En cuanto á la hermosa Beatriz permanecía en su sitial, algo pálida, es verdad, pero tranquila y serena.

En uno de sus paseos, el conde se paró ante su hermana y cruzándose de brazos, la dijo con un cruel acento de sarcasmo y de rabia al mismo tiempo:

— ¿Con que vos sois la noble doncella que oye amores del marqués de Villena? ¿Con que vos sois la que deja vestir sus colores al del capuz colorado y presentarse en la justa á romper por vos un par de lanzas? ¿Con que vos sois, en fin, la que olvidando sus deberes, su dignidad y su decoro, la que dando al olvido un odio de raza, prestais atento oído á los galanteos del enemigo mortal de vuestro hermano, del hijo del enemigo mortal de vuestro padre, del nieto del enemigo mortal de vuestro abuelo?

Beatriz palideció de una manera horrible.

— ¡En verdad que lo toco y no lo creo! continuó don Fadrique, á quien el furor ponía cada vez más ciego. ¿Y para esto os legó su nombre mi padre? ¿Para que fuérais amiga de sus enemigos y deshonrárais... si, y deshonrárais, porque es vuestro amor una deshonra, y deshonrárais el nombre de los Guzmanes?

Doña Beatriz se puso en pié lívida como un espectro.

— Estais villanamente insultando á una dama, dijo con furor, y más caballero fuera en vos atravesarla el pecho con una daga, que hacerla blanco de la befa y del escarnio. ¡Don Fadrique, don Fadrique, tenéis un corazón de hierro y unas entrañas de tigre!

— Señora, preguntó el conde, haciendo recaer de nuevo bruscamente la conversación sobre su tema favorito, ¿os empeñais en negaros á dar la mano á don Nuño?

— ¡Siempre!

— ¡Reflexionadlo bien, Beatriz!

— Siempre, os digo. Me martirizareis, me insultareis, me matareis, pero yo no seré su esposa.

— Pues entonces, hija vil, desnaturalizada, pues entonces, ven, acércate á esta ventana y mira.

Y mientras esto decía, el conde la cogió de la mano y la arrastró con una fuerza hercúlea hasta una ventana.

— ¡Oh! gritó dando un agudo chillido doña Beatriz. Se veían cinco hombres no lejos de la ermita, espada en mano y combatiendo.

— ¿Lo ves? ¡Allí está tu amante! prosiguió don Fadrique, allí está ese aborrecido marqués de Villena. Su muerte es segura, hemos de beber su sangre. Su muerte es segura te digo. Ha caído en el lazo que le habíamos tendido.

— ¡Dios mio, Dios mio! exclamó la pobre mujer demudado el rostro y presa de la convulsión más violenta. ¿Quereis asesinarle?

— ¡Asesinarle! tú lo has dicho. Hemos comprado puñales.

— ¡Oh! yo le salvaré.

Dijo doña Beatriz, y se lanzó hacia la puerta de la estancia, pero fué detenida por la mano de hierro del conde.

— ¡Salvarle, es imposible, pobre insensata!

Y dejó escapar una especie de sonrisa histórica.

— ¡Dejadme salir! gritó la dama forcejando.

— No.

— ¡Dejadme salir, asesino! ¡Yo quiero, yo debo ir á salvarle!

— Os digo que no saldreis, Beatriz.

La pobre mujer luchaba en vano, preso su brazo por la muñeca del conde que lo retenía como un anillo de bronce.

— ¡Atrás, atrás! gritaba pálida, desmelenada, loca, la infeliz jóven. ¡Atrás! yo quiero salir, yo quiero salvarle. ¡Atrás, asesino! Vos no lo sabéis. El marqués tiene derecho á que yo acuda.

— Por esto es que os detengo aquí. ¡Oh, bien, lo decía yo! exclamó el conde fuera de sí. El marqués es vuestro amante.

— El marqués es mi esposo.

Un estremecimiento horrible conmovió al de Guzman. Sus facciones se contrajeron espantosamente al oír esta palabra.

— ¿Qué habeis dicho, desgraciada? exclamó en el colmo de la rabia.

— La verdad. ¡El marqués es mi esposo, mi esposo ante la tierra y el cielo!

— ¡Oh!

— ¡Soltadme, soltadme! quiero salir para...

Y la jóven se interrumpió horrorizada, porque vio brillar una daga que se dirigía á su pecho.

Y cayó de rodillas á las plantas de su hermano.

Pero antes de seguir adelante, es fuerza que los lectores sepan y se enteren de lo que había sucedido en el exterior del edificio.

Pocos momentos después de haberse el de Guzman separado de don Nuño, este creyó ver acercarse á lo lejos al marqués, que puntual á la cita que el cartel le diera, acudía al sitio designado.

En seguida llamó Torre la Selva á los tres truanes.

— Alerta, les dijo. Allí viene nuestro hombre, ¡Valor y resolución!

— Nunca me ha faltado el uno y siempre me ha sobrado la otra, dijo Rompetejas con su acostumbrado aire de importancia y retorciéndose el bigote.

— Pues entonces despachad.

— Vamos á ver, camaradas, dijo Rompetejas dirigiéndose á los dos bribones, atención á mis órdenes, y ojo avizor á mis señas. Nos esconderemos, agachados tras de aquel matorral que allí á la izquierda se distingue, y vuestros ojos estarán fijos en mí, que los tendré fijos en el caballero. Cuando me veais hacer la señal de la cruz, que es costumbre hereditaria de mi familia y cosa que hacían mis nobles antepasados antes de comenzar un combate, preparareis la espada y echareis mano á la daga. Cuando veais que me retuerzo el bigote, entonces saltad al camino y sacudidmele cuchilladas por la espalda, que por mucha prisa que os deis ya me hallareis allí atacándole. ¡Con que, atención y marchemos con la ayuda de Dios!

— Sí, sí; ¡valor, amigos míos! exclamó en esto don Nuño, y libertadme para siempre de ese odioso marqués de Villena.

Rompetejas, que había dado ya dos pasos, se detuvo de pronto.

— ¿Eh? preguntó volviendo la cabeza hacia don Nuño.

— ¿Qué? contestó admirado el de Torre la Selva.

— ¿Cómo habeis dicho? prosiguió el perdonavidas.

— ¿Yo?

— Sí, vos. ¿Qué es lo que deciais?

— Yo no decía nada.

— Perdonad, perdonad. Deciais, libertadme de ese odioso...

— Marqués de Villena, dijo don Nuño concluyendo la frase.

— Cabalmente.

Y volviéndose hacia los dos bribonas que iban adelantándose, les gritó:

— ¡Alto, camaradas, alto! Es preciso que yo le diga primero dos palabras á don Nuño.

— ¡Dos palabras! ¿Qué quiere decir esto?

— Pues señor, dijo Rompetejas sin contestar á la observación del caballero, lo siento mucho, pero nosotros no atacamos al marqués.

— ¡Cómo, infame! ¡Esto no es lo pactado!

— Precisamente porque no es lo pactado.

— ¡Truan!

— Nada. Nosotros convenimos en que yo os quitaría de en medio á un caballero.

— Sí.

— Y ahora me salís con que ese caballero es el marqués de Villena.

— Sí.

— Es decir, el privado de don Enrique.

— Sí.

— Es decir, el hombre mas poderoso de Segovia.

— Sí.

— Es decir, el hombre cuya muerte puede costarnos nuestras cabezas.

— Pero, en fin, preguntó impaciente don Nuño, ¿á qué viene á parar todo esto?

— Viene á parar, señor caballero, en decirnos que no entendéis ni un ápice de estocadas si creéis que por la suma convenida he de despacharos al de Villena. Sería una deshonra para mí y para él mismo cuando se supiera.

— ¡Ah! ¿con que queréis mayor precio?

— O no hay nada de lo dicho.

— Pues bien, ¿cuánto pides? y apresúrate, ¡vive Cristo! porque el tiempo vuela.

— Voy á sacaros las cuentas.

— ¡Vivo, vivo!

— Por ser el privado de Don Enrique, por ser quien es y porque el tiempo vuela, como juiciosamente habeis observado, me dareis trescientos ducados, ni uno menos, sobre los que tenemos pactados.

— Tómalos, y adelante.

Rompetejas guardó el bolsillo que le dió don Nuño é hizo una seña á sus dos compañeros, que fueron á colocarse tras el matorral.

Entre tanto el de Villena iba adelantando, y pareciéndole desde lo alto de una cuesta ver á don Nuño en la puerta del santuario, apresuró el paso, pero antes de llegar á él, y en ocasion de cruzar por delante de un matorral, un hombre con la espada desnuda le atacó de frente, mientras que otros se le dirigían por la espalda.

— ¡Ah, traidores! gritó el de Villena.

Y con una agilidad admirable, atendida la armadura, dió un salto de lado y poniéndose á la otra parte del camino, evitó el primer ataque y tuvo tiempo de sacar la espada.

— ¡A él! exclamó Rompetejas.

— Esta es obra del traidor don Nuño, gritó el de Villena, pero á fe que no ha de valerle, que sois pocos los tres para el del capuz colorado.

— ¡Abajo las espadas! dijo en esto Rompetejas, herida su atención por este nombre. ¿Sois vos el caballero del capuz colorado?

— ¡Calla! exclamó entonces el marqués reconociendo al bribon. ¡Rompetejas, el matador de gentes!

— El mismo: aquel á quien vos salvásteis una noche la vida y que os ofreció en cambio sus servicios.

— Toma, toma, dijo el de Villena, ya veo que don Nuño ha tenido mala mano en elegir sus gentes. El traidor no es hombre de fortuna.

Los dos compañeros de Rompetejas empezaron á refulfuñar.

— ¡Eh! ¿qué es esto? les dijo el maton. El caballero tiene derecho á que yo le sea agradecido. Me salvó la vida, prométele mis servicios, y empiezo á satisfacer mi deuda. Yo soy hombre de palabra.

Los otros dos no parecieron quedar convencidos. Temían perder el dinero que se les había prometido. En esto llegó don Nuño corriendo. Observador desde lejos del giro amistoso que había tomado la cosa, sospechó algo parecido á lo que sucedía.

— ¡Aquí está el infame! dijo el de Villena dando un paso hacia él.

— ¿Me vendáis, traidores? gritó don Nuño.

Los dos le indicaron con el gesto que no eran ellos, sino Rompetejas.

— Cien ducados mas á cada uno, les dijo entonces don Nuño con violencia, si me prestais ayuda.

Los dos hombres se pusieron en seguida al lado del de Torre la Selva.

— ¡Villanos! dijo Rompetejas.

— Dejadles que vengan, murmuró el de Villena.

Entonces empezó esa lucha de cinco hombres que Beatriz vió desde la ventana de la ermita, creyendo que los cuatro lidiaban contra el marqués. Rompetejas se había unido á este, y no dejaba de menudear en verdad los tajos y cuchilladas. Don Nuño echaba espuma de rabia.

— ¡A mí, traidor, á mí, infame malandrín! gritaba el de Villena á don Nuño.

En medio del combate sus espadas llegaron á encontrarse.

— Ahora veremos, dijo el marqués, ahora veremos quién puede mas, cobarde.

Don Nuño peleaba ciego de cólera, y conocida es ya

la maestría del de Villena en el manejo de la espada. El combate fué corto por lo mismo. El pobre señor de Torre la Selva cayó sin exhalar un grito, atravesado el pecho por el acero de su noble contrario. En cuanto vieron caer á don Nuño, los dos bribones volvieron las espaldas y tomaron solta mas que de prisa.

Rompetejas lanzó una carcajada.

— ¡Mirad, mirad como corren, ni galgos!

Y se volvió hacia el de Villena, al que halló inmóvil junto al cadáver de don Nuño, la espada baja y la cabeza inclinada como para escuchar.

— ¿Qué es eso? ¿qué teneis? preguntó Rompetejas.

— Me habia parecido... dijo el marqués, me habia parecido oír un grito de una mujer, de una persona amada, pero...

— Quizá seria de la dama.

— ¡La dama! ¿qué dama?

— Una á quien veníamos escoltando en una litera por orden de este bribon, dijo Rompetejas dando con el pié al cadáver.

— ¡Oh! habeis venido con una dama. ¿Y dónde, dónde está? preguntó con ansiedad el marqués.

— Desmayada la hemos entrado en la ermita.

— ¡Dios mio! si será...

Y sin acabar la frase, el noble caballero corre hacia la ermita, penetra en ella, empuja una puerta que se le interpone y ¡tierra y cielo! el de Villena encuentra á su amada moribunda, á su esposa tendida en el suelo revolcándose en la sangre que brota de una herida en el pecho, y auxiliada por el venerable monge que acudiera al ruido.

Beatriz, al ver á su esposo, quiso incorporarse, quiso hablar, pero solo pudo levantar una mano, dirigirle una mirada, y en el acto mismo, vencida por el esfuerzo, dejó caer la cabeza y espiró.

El de Villena lanzó un grito horroroso, y se precipitó sobre el cuerpo de su querida esposa.

— ¡Beatriz, Beatriz, amada mia! gritaba el noble caballero con el acento del dolor y de la desesperación. ¡Oh! ¿y el asesino? ¿Dónde está el asesino? Quiero beber su sangre. Padre, continuó el caballero dirigiéndose al monge y mirándole con ojos extraviados, decid, decid, vos debeis saberlo, ¿dónde está el asesino?...

— Dios le ha castigado ya, dijo en esto una voz grave que sonó á espaldas del de Villena.

Este se volvió y vió de pié á pocos pasos de distancia al trovador Arnaldo que acababa de entrar en la habitación. El jóven estaba pálido, pero horriblemente pálido. El marqués se levantó y se dirigió á él.

— ¡Arnaldo, Arnaldo! ¿Dios le ha castigado, decís? ¿Pues qué? ¿ha muerto ya?

— Peor aun, contestó el jóven sin separar los ojos del cadáver de Beatriz.

— ¿Cómo?

— Está loco.

— ¡Loco! Arnaldo, Arnaldo, decid, ¿luego vos sabeis quién ha sido el asesino?

— Sí.

— ¡Oh! ¿quién, quién?

— Su hermano.

— ¡Misericordia de Dios!

— Volvia yo en compañía de unos caballeros, dijo el trovador con una voz triste y conmovida, pero sin separar los ojos del cadáver. Regresábamos á Segovia por un sendero inmediato, cuando hemos visto que se nos acercaba un hombre con el traje en desorden, los cabellos erizados, los ojos desencajados, fuera de sí y manchado de sangre. Era don Fadrique de Guzman. ¡Don Fadrique! han exclamado algunos de la comitiva sorprendidos. ¡Silencio! ha contestado él con voz sepulcral, pero en seguida, lanzando una carcajada, ha añadido: ¿No lo sabeis? ¿no os lo han dicho?... acabo de asesinar á mi hermana. Allí está, allí la dejo... en la ermita del Parral. Era la esposa del de Villena, y ya es esposa de la muerte. Y dichas estas palabras que á todos nos han dejado mudos, helados de terror, ha vuelto á lanzar una carcajada y se ha puesto á dar saltos de salvaje alegría en mitad del camino. Su razon estaba perdida, pérdida completamente. Los caballeros se han encargado de él, y yo... yo he venido á rezar junto al cadáver.

El de Villena oyó esta relacion sin decir nada, sin dar la menor señal de vida en su rostro, casi estúpido en aquel instante.

En seguida se puso de rodillas y plegó las manos, señaló á Arnaldo un sitio al otro lado del cuerpo de Beatriz, indicó con el gesto al monge que se arrodillara á su cabeza, y se puso á rezar en alta pero trémula voz.

Arnaldo cayó de hinojos, pero cada vez estaba mas pálido. Parecía que iba á morir tambien, tan cadavérico se le puso el semblante.

Los tres hombres permanecieron allí largo rato, rezando en alta voz é interrumpiéndose á veces por algun rebelde sollozo que escapaba al pecho oprimido del de Villena.

VICTOR BALAGUER.

El bello ideal del matrimonio

I.

LA ÚLTIMA NUBE DE UN SOLTERO.

— ¡Mozo... mozo... el champagne!

— Llena mi copa.

— Y la mia.

— Cuidado con verter una sola gota de tan sabroso néctar.

— ¡Bravo!

— Excelente pulso para boticario.

— ¡A brindar, á brindar!

— A la salud de nuestro amigo Antonio, que está en peligro.

— ¡Ojalá que al entrar en la cofradía de San Marcos no tropiece!

— Y que Dios le haga tan buen casado como ha sido excelente soltero.

— Que la ventura conyugal que le espera no lleve su egoismo hasta el punto de hacerle olvidar á sus antiguos amigos.

— Gracias, queridos míos, yo brindo por vosotros, deseando que hagais cuanto antes la última calaverada, que por ser la última es la mejor de todas.

— ¡Mas champagne... mas champagne!...

— Mozo... piensa en mi copa.

— A la salud de la futura, que es un verdadero presente.

— ¡Vaya una mujer que has pescado, bribon... es una perla!

— ¡Es un ángel!

— A la salud del fruto de bendición, que pensando piadosamente, ha de venir en breve...

— Poco á poco: eso es ir demasiado lejos, y cuando uno se casa debe dejar á los amigos en la puerta del templo de Himeneo.

— Y darle con la idem en las narices, ¿no es verdad?

— Precisamente.

— ¡Todos son lo mismo... egoistas!

— Los maridos generosos no son maridos.

— ¿Pues qué son?

— Cirineos.

— ¡A la salud de los Cirineos!

De esta manera departian cinco jóvenes alegres en uno de los elegantes gabinetes de la fonda de Llardy, en donde estaban reunidos la noche del 5 de setiembre de 1863, para celebrar con una espléndida comida el próximo enlace de uno de ellos, Antonio Villaverde, y despedirse del que durante muchos años habia sido su compañero de placeres y de aventuras.

Terminados los brindis, encendieron magníficos habanos, y á la ruidosa animacion, sucedió la calma; á la alegría, la filosofía.

Los hombres que no piensan antes de beber, suelen pensar despues, y esto sucedió á los cinco camaradas, que, dicho sea de paso, eran ya talluditos.

El protagonista de la funcion, Antonio, habia cumplido ya los treinta y ocho: los demás ocupaban puestos mas ó menos elevados en la misma decena.

— Estoy reflexionando, dijo uno de ellos, que tienes mucho valor.

— ¡Yo!

— Sí, por cierto... todos creen que casarse es una cosa muy sencilla, un acto natural de la vida, un pasatiempo, como quien dice; y sin embargo, yo que te veo en visperas de ser casado y que medito sobre la suerte que te aguarda, aunque me la figure adornada con todos los colores de rosa posibles, no puedo menos de asustarme y de compadecerte.

— Dícididamente tienes un champagne triste.

— No lo creas, lo que tengo es experiencia.

— ¿Y tu experiencia me ve en peligro?

— Sí.

— Lo único que me consuela es que antes que yo se han casado millones de millones de habitantes del mundo, y han vivido... hasta que se han muerto, como sucede á todos.

— Despues de oírte me retracto; no es valor lo que tienes.

— ¿Pues qué es ello?

— Temeridad.

— Me parece que exageras: si las cosas se miran bajo un punto de vista teórico, tantas razones hay en pró como en contra, para todos los actos de la vida. Pero yo creo que la teoría se estrella siempre ante la práctica, y como hombre práctico me caso, porque á cierta edad los que quieren vivir bien, los que quieren pagar la deuda que han contraído con la familia, deben casarse á su vez, y ser, además de ciudadanos, esposos, padres, abuelos, y bisabuelos si es menester.

— Esa es la prosa de la vida.

— ¿Y qué somos, querido mio, sin prosa? Yo he conocido á un hombre que murió en olor de sabio, guapo sugeto, alto, delgado, bastante estafalarío en el modo de vestir, pero esto no hace al caso. Como digo, mi hombre tenia ya sesenta años cuando cruzó conmigo por la primera vez algunas palabras. Era rico, siempre habia disfrutado de muy buena salud, sus costumbres eran morigeradas, en una palabra, no tenia ninguna exencion para el servicio marital. — ¿Cómo no se ha casado Vd.? le pregunté. — Por una razon muy sencilla, me contestó, hay cosas que se deben pensar mucho, y yo he consagrado toda mi vida á pensar en casarme; pero amigo mio, añadió, la vida del hombre es muy corta para resolver problemas de esta especie; es preciso que algunos se sacrifiquen por los demás: yo me he sacrificado, y cuando acabe mis experimentos podré decir á los que cierren mis ojos cuál es la vida del soltero: hagan otros lo mismo con la del casado.

— Y en el fondo tenia razon.

— Si la tenia en el fondo, no la tenia en la forma. Aquello era egoismo.

— No lo creas, era excentricidad.

— Pues bien, añadió Antonio, yo que no quiero ser

original; yo que no soy ni he sido nunca figurin ó modelo; yo que me encuentro en mi elemento dentro de esa esfera que los poetas llaman vulgaridad; yo que con mis negocios no tengo tiempo para pensar, me fio de lo que otros han pensado, y al hacerlo no sanciono una teoría, sino que hago lo que todos los hombres cuando pasan de los treinta años, y son aficionados á las comodidades y al cariño. He pasado diez ó doce años de mi vida gustando entre vosotros los placeres de la juventud. En este tiempo he conseguido aumentar mi fortuna, tengo, gracias á Dios, no solo sobre qué caerme muerto, sino sobre qué caerme vivo; estoy desengañado de las bellezas generales, de las comidas de fonda, de las dramáticas noches del Casino; mi ama de llaves solo me sirve para cuidar mi ropa blanca; mi criado se alegra cuando paso alguna noche en blanco, que él, como es natural, se apresura á pasar en negro; gasto mucho y disfruto poco de lo que gasto; necesito algo que no encuentro, algo que no sabré explicar lo que es, algo que no quiero comprender; he hallado una mujer bella, virtuosa, con alguna fortuna, con una educación la mas á propósito para dirigir, al mismo tiempo que un salon, una casa, y me tendria por tonto si no incurriese en lo que vosotros llamais temeridad, en lo que el mundo llama sacrificio, y en lo que, sin embargo, todos incurren tarde ó temprano, si está de Dios que han de incurrir.

— Vistas así las cosas, la razon está de tu parte; pero ¡ay! amigo mio: ¿dónde me dejas la cuestion principal, y las cuestiones accesorias de ese gran acontecimiento de la vida? El amor, ¡ah! el amor es en el matrimonio lo que la primavera en el tiempo: al principio celajes encantadores, flores aromáticas, brisas suaves; pero viene el verano, el matrimonio, y las flores se agostan, las brisas desaparecen, la atmósfera parece plomo ardiendo, y hace calor, y no se puede soportar el calor...

— Pero á la flor sucede el fruto.

— Tanto peor, porque si bien es cierto que un hijo es la fórmula de la felicidad conyugal, esa felicidad cuesta muy cara: temores y dudas antes, esperanzas que tan pronto se desvanecen como se renuevan, angustias crueles en los momentos críticos; y despues si

el lujo ó la necesidad obligan á la madre á confiar el fruto de su amor á otra madre postiza, si entra un ama de cria por las puertas de la casa, y con ella sus exigencias infinitas, sus disgustos, y con sus disgustos los de todos; ¡ah! renuncio á mirar ese lúgubre cuadro... ¡Eres un héroe! ¡decididamente eres un héroe!

— Veo que habeis bebido poco, repuso Antonio, que habia oido como quien oye llover la terrorífica descripción de su amigo. El champagne no ha logrado comunicaros su alegría, y es necesario, por lo tanto, vaciar nuevas botellas; antes de combatir es preciso adquirir fuerzas. ¡Mozo, mas champagne!

El criado llenó de nuevo las copas, los amigos brindaron, y al ver que eran las doce, se despidieron con un fraternal abrazo.

— Aquí concluyen nuestras locuras, exclamó Antonio; mañana á estas horas seré un hombre formal en toda la extension de la palabra, y como tal os ofreceré mi casa; pero espero que ireis á ella con la menor frecuencia posible.

— Eso es romper con nosotros, dijo uno.

— Eso es renegar del pasado, añadió otro.

— No lo creais: eso es querer que nuestra amistad sea eterna. Si fuérais á menudo á mi casa, por mil razones que fácilmente comprendéis, no podria ser con vosotros el mismo que hasta ahora. Tomariais por frialdad mis preocupaciones, me calificariais de orgulloso, de ingrato y de otra porcion de cosas por el estilo; diriais que mi mujer no me dejaba ir á pasar un rato al café con vosotros; acabariais por olvidarme, y como yo deseo que esto no suceda, os lo prevengo de antemano.

— ¿Con que es decir que esta es la última noche de tu vida de soltero?

— Si tal; por eso os he invitado á celebrar las honras de esta vida tan bien aprovechada. Desde mañana seré de mi mujer y de mis negocios. Buenas noches, amigos míos.

Y así diciendo se acercó al *comptoir* del fondista, y

entregándole unos cuantos billetes, salió con sus amigos y se despidió de ellos en la puerta.

Acto continuo subió á su berlina, ordenando al lacayo que le llevase á su casa.

Quince minutos despues, se hallaba en su elegante gabinete, decidido á dormir como un bendito lo menos ocho horas.

Antes llamó á su ayuda de cámara.

— ¿Ha traido mi notario unos papeles para mí? le preguntó.

— Sí, señor, respondió el fámulo, están sobre la mesa del despacho.

— Bien, mañana los veré. Ahora vete á dormir, y á las ocho ven á despertarme, á las ocho y media tomaré el chocolate, á las nueve estará la berlina á la puerta, y á las nueve y media comprarás al valenciano de la calle de Sevilla el mejor ramo que tenga, y lo llevarás donde sabes.

— Está muy bien, señorito.

— ¡Qué felicidad! exclamó Antonio cuando se quedó solo, si hubiera yo guardado, como otros, las cartas, las flores secas, los guantes perfumados y los demás enseres del amor, prendas queridas, recuerdos dulces de

parientes, esperaban en un salon; y aunque la ceremonia podia celebrarse en casa de los condes en hora mas aristocrática, habia sido su voluntad unirse en la parroquia, y á cosa de las diez se dirigió la comitiva hácia la iglesia de San Luis.

La bendicion nupcial y una misa sencilla, con acompañamiento de órgano, unieron para siempre aquellas dos almas, y los que entraron como prometidos salieron convertidos en esposos, regresando á casa de la desposada, donde aguardaba á todos un espléndido almuerzo.

El almuerzo duró hasta las tres, y no faltaron en la mesa esas tradicionales alusiones que acompañan siempre á los enlaces, alusiones que hacen asomar el carmin á las mejillas de la protagonista, y que obligan á dirigir distraidas miradas al techo al héroe de la funcion.

A cosa de las tres proclamaron su libertad los dos esposos, y subiendo á una carretela que los esperaba á la puerta, sancionaron su union dando un paseo por la Fuente Castellana. Volvieron al anochecer á casa de los condes, á las ocho comieron en familia, y algunas horas despues se despidieron para ir á habitar una preciosa casa de campo que poseia Antonio en Chamartin, casa en la que se proponian pasar uno ó dos meses, mientras los tapiceros arreglaban su casa de Madrid.

Subieron de nuevo á la carretela, atravesaron la Fuente Castellana, y se dirigieron al cercano pueblo, á donde llegaron en poco mas de media hora.

Los dos estaban comovidos. El, aunque veterano en los achaques del amor, se hallaba poseido de una emocion inexplicable; y ella, no hay qué decir.

Apenas desplegaron los labios durante el camino. Cuando llegaron, la doncella de Julia, que la esperaba, salió á su encuentro.

Antonio penetró en un gabinete, halló sobre un velador algunos libros y se puso á hojearlos.

¡Qué coincidencia! El primer libro que cogió en sus manos era el *Rafael* de Lamartine, el gran poema del amor platónico. Un reló dió doce campanadas. Antonio se acercó á una puerta formada por columnas de mármol, y descorriendo las cortinas, despues de pronunciar una frase de buena educacion, entró en...

(Se continuará.)

JULIO NOMBELA.

La Grenouillère.

La Grenouillère es un establecimiento de baños frios situado en un punto admirable, á la sombra de árboles magníficos. Los novicios en natacion tienen allí una escuela donde les inician prontamente en los secretos del arte, y para todo el mundo hay un barco-restaurant que visitan los bañistas en el ligero traje de sus ejercicios. Todo esto se halla al cuidado de M. Seurin, á quien se ve en todas partes acudiendo á todos. No hay para qué decir que este establecimiento se halla muy frecuentado, y que de tiempo en tiempo recibe visitas extraordinarias, como verbigracia, la del emperador Napoleon III y la emperatriz Eugenia, que dias pasados se presentaron inopinadamente en el pintoresco lugar que figura nuestro dibujo.

Pero es tiempo ya de decir en dónde nos hallamos. La Grenouillère se encuentra en la isla de Croissy, de 5 kilómetros de largo, y entre Chatou y Bougival. Los nombres de esta isla son infinitos. Se llama tambien la isla Gauthier, la isla de Aligre, la isla de la Loge, la isla de la Chaussée, etc., etc. Enfrente, sobre la orilla derecha del Sena, está la aldea de Croissy, cuyo origen se pierde en las nieblas de la era cristiana.

El célebre abate Vertot, el autor de la frase que se convirtió en proverbio: «Mi sitio está hecho,» fué cura párroco, cuya iglesia se fundó en el siglo XIII.

Un recuerdo histórico y concluimos. El principe Eugenio de Beauharnais se refugió un instante en Croissy durante el terror, y manejó la sierra y el cepillo en casa del carpintero Cochard.

C. P.



Cercanías de Paris. — La Grenouillère, en Bougival.

relaciones amorosas mas ó menos justiciables, en vez de dirigirme tranquila y reposadamente al lecho, tendria que pasar algunas horas despidiéndome de estos objetos, que no pueden ponerse en el inventario de los bienes que aporta un cónyuge al matrimonio. Afortunadamente he ido haciendo esta operacion poco á poco, y mis cajones están tan puros como mi alma. Duramos hoy todavía el sueño de la inocencia...

Al decir esto se acostó, y dos minutos despues dormia á pierna suelta.

¿Cómo dejar á Antonio despues de conocerle? ¿Cómo no conocer á su futura?

II.

CEREMONIAS.

El ayuda de cámara conocia á su amo y cumplió sus órdenes con la mayor exactitud.

A las nueve y media subió Antonio con su frac negro y su corbata blanca á la berlina que le aguardaba á la puerta de la calle, dirigiéndose á casa de su futura.

Aunque Julia, que este era el nombre de la próxima esposa de Villaverde, pertenecia á una familia aristocrática, accediendo esta á la voluntad de los novios, habia resuelto celebrar el casamiento con toda la sencillez posible.

No debian asistir á la ceremonia mas que los padrinos, los testigos y los parientes cercanos.

Antonio no tenia familia en Madrid.

Julia era huérfana de padre y madre, y vivia como hija con sus tíos los condes de la Zarza.

Cuando Antonio llegó, su futura, que dicho sea de paso, no le habia imitado la noche anterior, puesto que no durmió, entregada á los agitados pensamientos que se sucedian en su mente, salió á recibirle modestamente vestida con un precioso traje negro y un velo de encaje.

Los tíos de la novia, los padrinos, los testigos y los